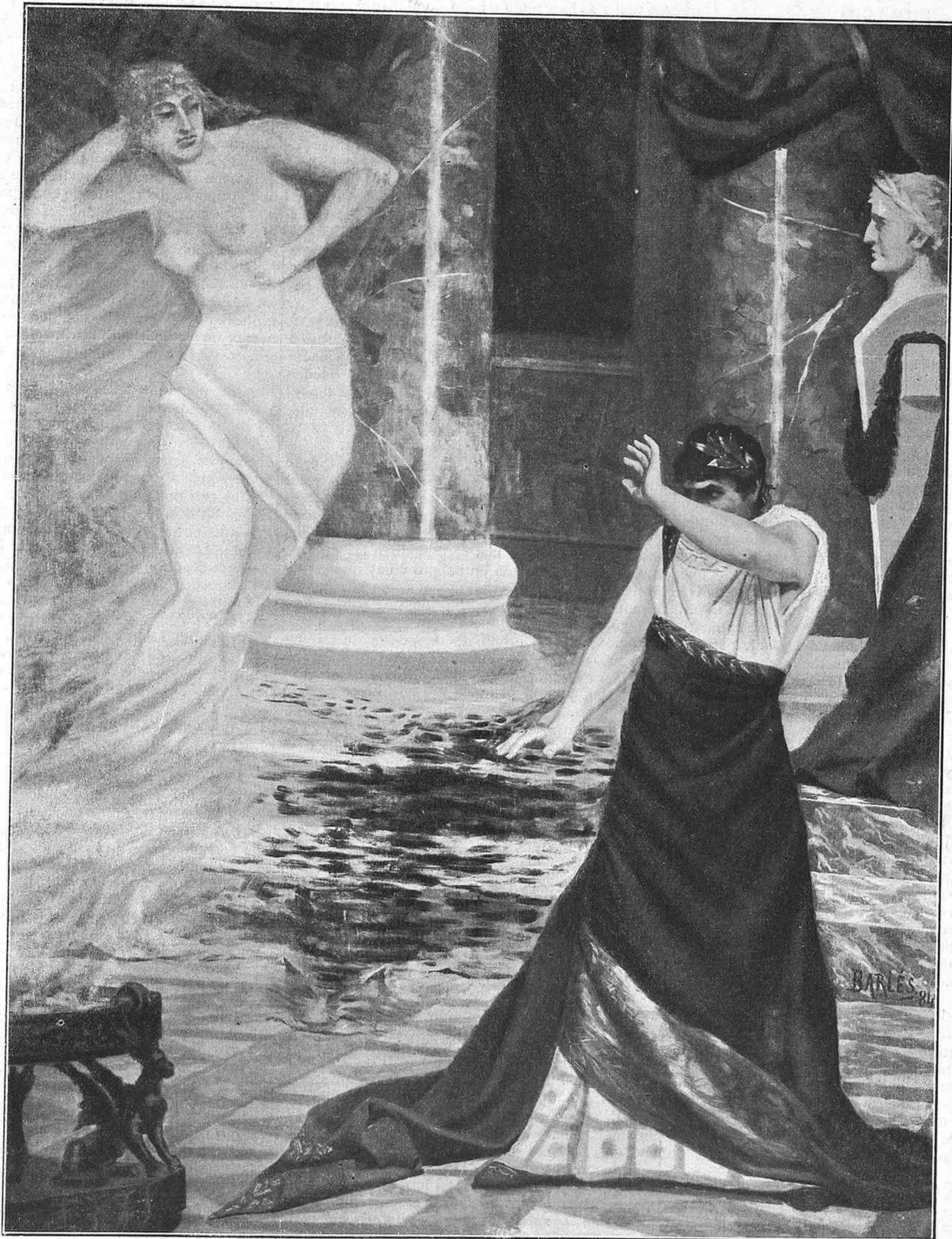


La Ilustración Artística

AÑO XXII

← BARCELONA 31 DE AGOSTO DE 1903 →

NÚM. 1.131



NERÓN ANTE EL ESPECTRO DE SU MADRE, cuadro de Barlés

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego décimonoveno de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tomo segundo de la presente serie, que es la interesantísima novela de René Bazin, LA MANCHA DE TINTA, obra premiada por la Academia Francesa. Ilustran este tomo veinte preciosas láminas de D'André Brouillet.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. De todo*, por Emilia Pardo Bazán. — *Una visita á Riese, pueblo natal de Pío X*, por Héctor Ximenes. — *La estatua de Afrodita (cuento griego)*, por J. Sánchez Gerona. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez. Por el amor*, novela original de Pablo Bernay, ilustraciones de Marchetti. — *Crónica científica. Inventos y novedades*, por Al'ler-Will. — **Libros.**
Grabados. — *Nerón ante el espectro de su madre*, cuadro de Barlés. — Ocho grabados que ilustran el artículo *Una visita á Riese. Insurrección macedónica*, tres grabados. — *Torcuato Tasso y Leonor de Este*, cuadro de Domingo Morelli. — *A los muertos. Monumento funerario*, obra de Alberto Bartholomé. — *El amor prisionero*, escultura de Joaquín Anglés. — *Carmen*, cuadro de Gonzalo Bilbao. — Seis grabados que ilustran el artículo *Inventos y novedades. Concierto*, cuadro de Domingo Fernández y González.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE TODO

La duquesa de Denia acaba de morir en edad muy avanzada, en su palacio de Madrid. Era mujer de entendimiento y actividad, gran administradora, de esas que restauran una casa noble á fuerza de buen sentido, de orden y de constancia. Su inclinación á los artistas y á los escritores, su protección á Zorrilla, son títulos al respeto y á la simpatía de sus contemporáneos. En cuanto á su hermosura, no hablemos de la duquesa de Denia, porque este título comenzó á ostentarlo cuando ya el irreparable ultraje de los años no podía ocultarse ni con hábiles artificios; pero cuando la llamaban duquesa Angela de Medinaceli, lucía una de esas beldades típicas que deslumbran y avasallan sólo con presentarse. He oído describir mil veces su aparición fascinadora, en un baile de trajes, dentro de una gruta submarina, con atavío y tocado de verdes gasas, perlas y corales. He visto sus retratos de la juventud: los ojos, las facciones, la boca, la sonrisa enigmática, son de mujer oriental, hija de esos países en que la humanidad parece fundirse en moldes más nobles y grandiosos.

No era únicamente una preciosa cara: el cuerpo correspondía; y mientras la primera se arruinó lamentablemente, el segundo conservó su arrogante porte, sin perder ni estatura, ni gallardía, ni el andar majestuoso de la matrona en el apogeo del vigor y de la segunda juventud. Envuelta en un abrigo amplio y rico, ó arrastrando por los salones la cola de su blanco traje — vestía invariablemente de blanco en sociedad, — la duquesa de Denia parecía siempre descendida de un trono. Alrededor de ella — en su nuevo palacio como en el antiguo de la plazuela de las Cortes — flotaba la tristeza sorda de las decadencias; y es que un reinado de hermosura, al caer, crea la constante melancolía de los destronamientos.

Existe en el extranjero una institución que se echa de menos en España: las oficinas de consultas jurídicas gratuitas para mujeres. Sólo en Alemania funcionan veintiséis.

La mujer, más aún que el hombre, ignora su derecho y está dispuesta á no ejercitarlo ni reivindicarlo. Para una dama como la Denia, que administra y conoce la legalidad, hay miles, hay millones, hay un rebaño incontable, que repite con sencilla ingenuidad:

— Ya se ve, soy mujer, y no entiendo de eso.

Las oficinas de consulta gratuita ejercitan a de las obras de misericordia, dar buen consejo á quien lo ha menester. Nuestra época, en tantos respectos preferible á las anteriores, camina á ofrecer de balde á cuantos lo necesiten, y no lo puedan pagar, el abogado y el médico; el derecho y la salud. Si á ambas dadas pudiesen unirse otras dos — ¡fríolera!, — el

alimento y la enseñanza, se remediaría la humanidad. Mas si se mira bien, nunca es completa la realización del derecho, nunca es estable el equilibrio de la salud, nunca está seguro y es suficiente el pan, nunca es plena la enseñanza. Límites, restricciones, deficiencias, alteraciones, en tales escollos se rompe y despedaza la ola de la vida. Y el desaliento infundido nace de esa espuma salobre y amarga que nos llega á los labios. Por más que nos esforcemos, la injusticia crecerá como la mala hierba, la enfermedad y la muerte batirán sus alas de murciélago sobre el mundo, el hambre acosará á los mortales — en la India el hambre es ya epidémica y crónica á la vez — y la ignorancia espesará sus velos de bruma, envolviendo los cerebros en densa sombra. ¡La ignorancia! Si damos en pensar que á cada hombre que nace es preciso transmitirle el conocimiento, iniciarle en las fórmulas; que ese hombre se ve obligado á esforzar la memoria, á prensar el intelecto, á dedicar horas y más horas al fin de aprender algo, y que cuando lo ha aprendido y ha atesorado y se cree rico y se lo repiten en son de alabanza, un microbio ó una arenilla ó una gota de sangre en la masa encefálica dan al traste con todo y allá se marchan, á lo desconocido, á las tinieblas, los doctos y los sabios, nos acordamos de los *Triunfos de la Muerte*, tema artístico favorito de la Edad media, y nos estremecemos ante lo inútil de la labor eternamente interrumpida y reanudada: el Sísifo dolorido y magullado, volviendo á rodar su pedrusco, nos infunde piedad.

La generosa batalla contra la muerte es otra obra titánica de nuestro siglo. ¿Se conocía antaño la extensión de ciertas enfermedades que diezmar á la raza? ¿Existían en igual grado y con igual desarrollo que ahora? ¿Somos más endebles ó más vigorosos en la actualidad? Las hambres á que tan frecuentes referencias hace nuestra literatura picaresca, ¿no engendrarían anemias y tuberculosis?

Me inclino á creer que sí; que este azote de la tisis es viejo, por más que hasta el romanticismo á nadie se le ocurriese poetizarlo, y hasta hoy nadie pensase en prevenirlo con higiene, desinfección, dispensarios y sanatorios. Como es viejísima la diabetes, á cuyas complicaciones sucumbieron probablemente Cervantes y Felipe II, pero es nuevo su estudio y nuevos los sistemas para combatirla.

Oía yo, pocos días hace, en una tertulia, que se quejaban de la versatilidad de los médicos y del cambio en sus pareceres; de lo que aquellos señores llamaban *modas* de la medicina. Hoy — decían — nos mandan comer carne cruda y sangrando; mañana nos lo prohíben. Hoy nos recomiendan las duchas; mañana las duchas son un peligro y hay que escatimarlas. Ya envían á los tísicos al clima suave, ya á la montaña glacial. No sabe uno á qué atenerse.

Y yo me reía. Ese anhelo de la fijeza, de la estratificación, es muy propio de la pereza de nuestro espíritu, que aprende una noción y no quiere ya olvidarla ni rectificarla. Desearíamos todos ser una hora Josué y parar la rueda del carro que gira sin detenerse y sin hacer caso de nuestro antojo de estacionamiento. Pero la ciencia no se detiene, y con noble sinceridad se corrige á sí misma; confiesa sus tanteos, y hace otros nuevos, para encontrar armas con que combatir tanta causa de destrucción como existe para esta nuestra pobre máquina desvencijada fácilmente.

Se viaja, se viaja... En esta época del año le entra á la gente el hormiguillo ambulatorio. Y el caso es que nunca menos que en verano se debiera viajar. Comprendo el trasiégo en primavera y otoño: lo que es en julio y agosto no se está en parte alguna como en la casa propia, sobre todo en la quinta propia, en el campo, en ese vivir amplio y sereno, superior á todo, con perpetuo baño de aire libre, con toldo de hojas y decoración de flores, arbustos, árboles, fuentes, praderías y maizales.

La existencia más colmada y venturosa de la Tierra, dice Pablo Bourget en uno de sus libros de viajes, es la del *land lord* inglés dentro de su *manor*, ejerciendo el señorío de sus vastas posesiones, llenas de caza, pobladas de frondosidad, disfrutando en calma del goce íntimo de la familia y apurando los refinamientos de civilización que prestan á las funciones más vulgares de la vida especie de dignidad. Un solo inconveniente tiene tan feliz situación: que alguna noche, al cruzar el *land lord* ante los iluminados cristales de la *bow-window*, el feniano vengativo, oculto en la espesura, haga una puntería bien cierta... En España — añado yo — no haysiquiera este contrapeso. La residencia del señor andaluz en su cortejo, del señor vizcaíno ó asturiano en su casa-palacio, del señor catalán ó aragonés en su *torre*, no está expuesta á tal contingencia; y hasta el bandole-

rismo, domado y reprimido — reconocerlo es justo — durante los últimos tiempos, no proyecta su sombra terrorífica sobre el horizonte campestre.

A mediados de este siglo, todavía era grave vivir en el campo. Se vivía ó se vegetaba: había señores para los cuales el viaje á la ciudad constituía un acontecimiento, y que en un rincón del solariego pazo, bajo una viga, escondían pacientemente las onzas de Carlos IV, los centenes de Isabel II, hasta que una noche de invierno, de esas largas y tempestuosas en que buscan guarida los mismos lobos, la *gavilla* hacía su aparición imponente y el drama se desarrollaba con sus conocidas peripecias: amos y criados maniatados, sujetos á la cama ó á las columnas de la chimenea; el interrogatorio, puñal al pecho ó trabuco á la sien; los preparativos del tormento, sartén con aceite hirviendo ó navajita delgada para hacer picadillo las carnes; el escondrijo descubierto, despanzurrado, saqueado; la plata metida en sacos; después, la orgía brutal, las botellas de rancio vino generoso derramadas y rotas, lo mejor de la despensa esparcido y tirado, la seguridad para los malhechores de que nadie acudiría á socorrer á sus víctimas y de que, al alborear, cargando á la grupa de sus caballos el botín, se irían tranquilos á refugiarse en los montes, lejos de la justicia que empearía, un mes más tarde, á garrapatear papel sellado...

Hoy, tan temeroso cuadro pertenece al museo arqueológico. Hay Bancos; nadie atesora ni oculta monedas entre el pontonaje, como no sea algún maniático; los ladrones no roban en cuadrilla, ni se emboscan sino en las secretarías de Ayuntamiento, tras la maleza del reparto de consumos; y sólo alguna casa cerrada, desierta, abandonada por sus dueños, recibe la visita de los rateros campesinos. De estos salteadores al por menor entraron pocos días ha en una quinta cercana á Marineda, y pasáronse en ellas largas horas registrando cajones, alacenas y hasta creo que colchones y ladrillos. En su decepción al no acertar con cosa que lo valiese, dejaron escrita esta humorística advertencia: «Veníamos por dinero y nos vamos sin encontrarlo.»

¿Qué opinan ustedes de la ley de Lynch? A mí no me disgusta en cuanto revela energías y concepto de la justicia; porque hay crímenes que de tal manera ofenden y soliviantan, que parece que el castigo ha de ser inmediato, como el golpe con que se responde á grave y bochornosa afrenta.

Los que prevalidos de su fuerza atropellan á la niñez; los bestiales ultrajadores de criaturas, ¿merecen acaso otra cosa que el linchamiento? Jamás lo creeré. La indignación del primer instante, que se debilita después, es la mejor consejera y el juez más recto: en tales casos el sentimiento enseña mejor y guía más certeramente que todas las legalidades formulistas del enjuiciamiento largo y pesado. Y el sentimiento, en hechos como los que frecuentemente narra la prensa, y que por lo general se desenlazan con sobreesimientos ó penas leves, dictaría la cuerda, dictaría el garrote, dictaría algo tan ejemplar como lo que practica esa nación fuerte y llena de savia, que ha resuelto el problema de ir á todas partes por el camino más corto.

Ahora que se quiere indagar por plebiscito cuál es el músico más ilustre, el torero más famoso, el político de más agallas; ahora que todo se vuelven *records* y *campeonatos del mundo*, sería oportuno abrir un concurso para ponerse de acuerdo en cuál es la mejor fonda del orbe civilizado. A ver si así les entra á las restantes una saludable emulación.

Los viajeros tendrían, naturalmente, voto autorizado; evocarían los recuerdos de sus aventuras y desventuras, y recordarían las «equivocaciones» de las cuentas, las deficiencias del servicio, las de la cueva y el comedor, todo lo que en un gran hotel revela el descuido, bajo las apariencias más brillantes. Porque á veces, en los aparatosos hospedajes instalados en edificios *ad hoc* y donde se recibe al viajero ceremoniosamente, reverenciosamente, como si se tratase de algún embajador ó príncipe, se padecen sorpresas, no ya sólo en cuanto á precios — en ese terreno conviene ir prevenido y no alarmarse, — sino en cuanto á graves faltas de *confort*, que dicen los británicos. Al llegar á Amsterdam é instalarse en lo mejorcito, el *Amstel Hotel*, recuerdo que deseé un vaso de buena leche, asaz fácil de obtener, se creería, en Holanda. Trajéronme la leche en vaso chico, y pagué por ella la equivalencia de cinco reales españoles. A la media hora me encontraba indispuesta: me habrían dado agua de cal ó cosa peor. Por eso deberíamos andar con cuidado y consultar muchos viajeros antes de otorgar el campeonato de la fonda.

EMILIA PARDO BAZÁN.

UNA VISITA Á RIESE, PUEBLO NATAL DE PÍO X

Yendo desde Milán se pierde toda una noche; á las dos se llega á Vicenza, y saliendo de allí con el alba, gracias á enlaces y coincidencias de las líneas férreas de la Sociedad Véneta, se divisan las torres de Castelfranco á las seis de la mañana. Esta es la comarca en donde Pío X, siendo niño, recorría

vincial flanqueada, en un gran trecho, como casi todas las grandes vías del alto Véneto, por hileras de plátanos, que corre entre extensos y lozanos maizales: enfrente, á Occidente, yérguese el obscuro y árido Grappa; al Norte, muéstranse en una altura las blancas casas de Asolo, y á Oriente recortan el cielo las simétricas ondulaciones de los collados Feltrini. Si no fuera por el alto campanario de su parroquia, el viajero entraría en Riese sin darse cuenta de ello, tan diseminadas están las bajas casitas de este poblado de tres mil habitantes.

Riese, como Castelfranco, comenzó por ser un castillo, *Ressium*, denominación que en 1255 se transformó en *Rexium*. En 1181 dominaba allí una noble familia trevisana de aquel nombre, la familia de De Riese, que en el período del Renacimiento fué á extinguirse en Castelfranco. Tal vez fué donación suya el cuadro *Los desposorios*, de Tintoretto, que se conserva en la iglesia parroquial del pueblo, en donde celebró Pío X su primera misa.

A poca distancia del templo, el coche se para y el cochero me dice:

— He aquí la casa en donde nació el nuevo papa.

Nada más antiestético que esta humilde vivienda, que ni siquiera tiene el aspecto pintoresco á lo *Calame* de otras casitas que había visto entre los campos de trigo. Ocho ventanas simétricas, cuatro en el primer piso y cuatro en la planta baja, con postigos de roble, y una puerta de entrada señalada con el número 5.

Entro en ella sombrero en mano, y al instante oigo una vocecita que grita: «¡Amalia!»

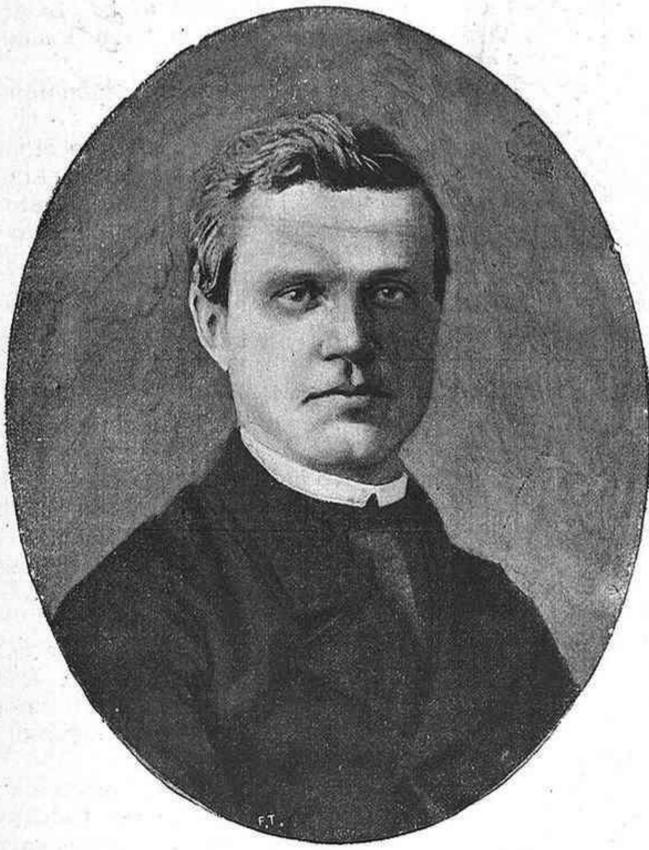
— Dispense usted, caballero, se apresura á decirme con acento afable una chiquilla. Esta casita no vale la pena de ser visitada, y menos ahora que está vacía porque hemos tenido que enviar los muebles al hermano D. Juan, que ha sido nombrado párroco de Possagno.

Penetro en la entrada y veo una mesa y una chimenea encima de la cual hay perfectamente alineados una docena de candeleros y viejas lámparas de

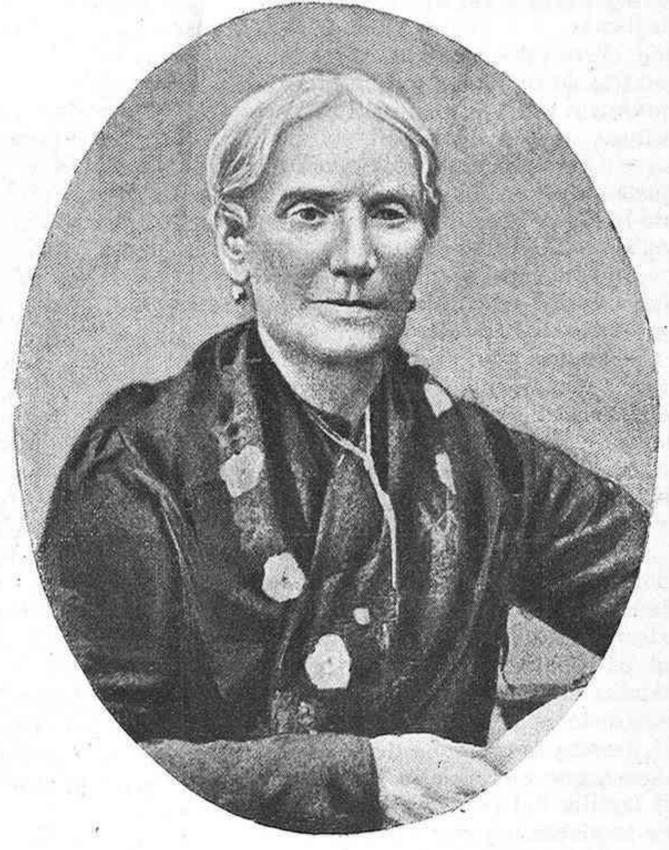
León XIII y la de José Sarto, patriarca de Venecia. Aquel es el salón.

Una escalera de madera conduce al piso superior.

— ¿Cuál es el cuarto en donde nació el papa?, pregunto á mi acompañante.



Retrato de JOSÉ SARTO, ahora Pío X, cuando era capellán de Tombolo (de fotografía)



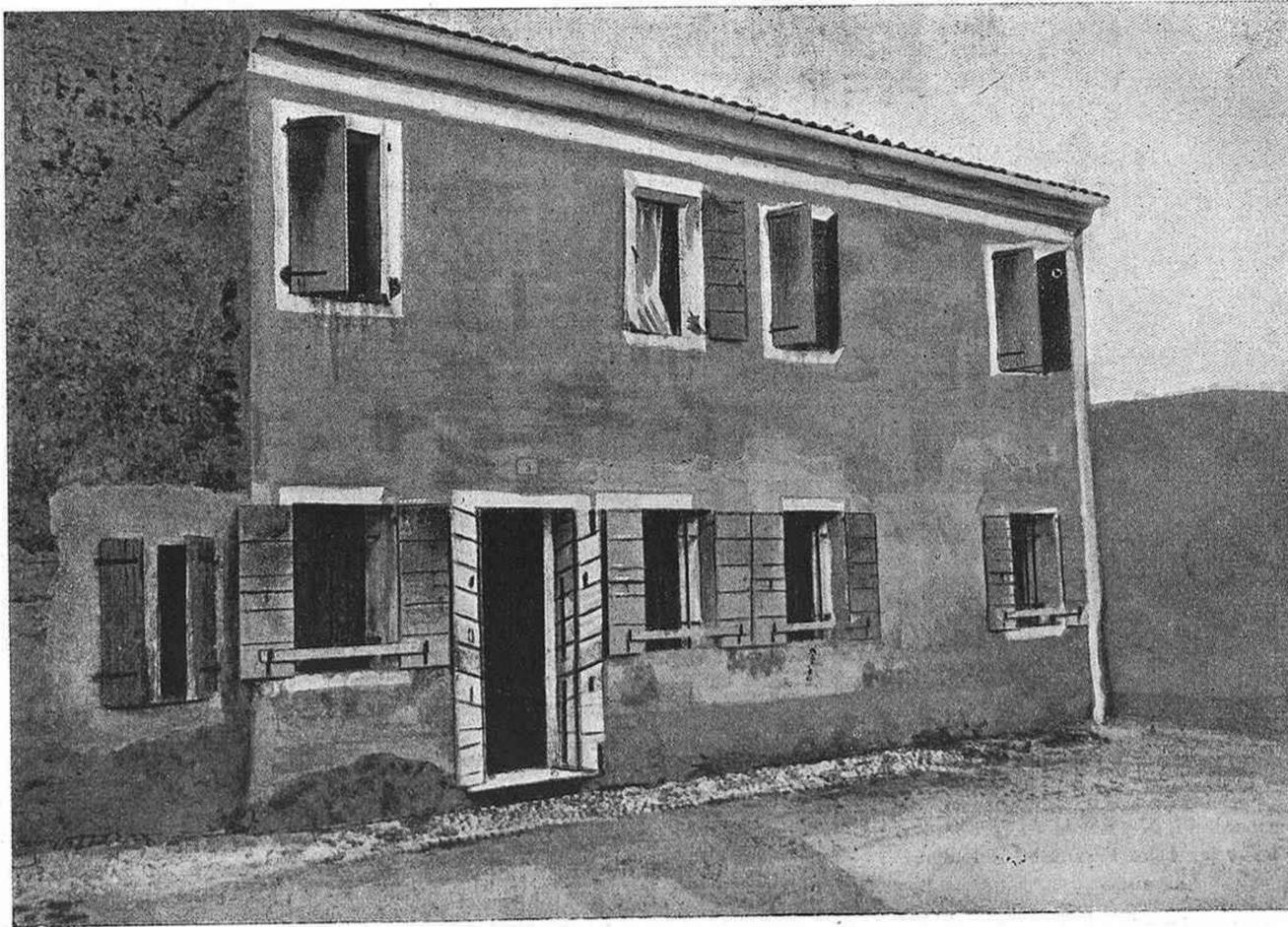
MARGARITA SANSÓN, madre de Pío X

diariamente siete kilómetros á pie para asistir á la escuela de Riese, quitándose algunas veces por economía los zapatos. La ciudad de Castelfranco, con sus murallas y sus torreones cubiertos de hiedra, á pesar de ser, por decirlo así, la antesala de la casa del nuevo papa, está tranquila; en este tren de la mañana no han llegado todavía periodistas ni repórters.

— Sólo vino ayer el fotógrafo Ferretto, de Treviso, me dice la posadera mientras me preparan el carruaje que ha de conducirme á Riese.

En el entretanto, paseo la mirada por la amplia plaza y me fijo en la bonita torre del Reloj, que se alza sobre la puerta de ingreso á la ciudadela. De entre los glacis veo surgir una blanca estatua moderna, de bella factura; es la estatua del Giorgione. ¡Caramba, es verdad que estoy en la patria del gran artista! Ni siquiera me había acordado de ello, lo declaro con franqueza; y lo que es aún peor, supe allí por vez primera que en la catedral de Castelfranco se conserva la obra maestra del discípulo de Giambellino y rival del Tiziano. Inútil creo decir que corro á la catedral para admirar el hermoso lienzo, dejando que el carruaje espere, y por poco me olvido de Pío X, objeto principal de mi viaje.

El coche sigue la ancha y bonita carretera pro-



RIESE. — CASA EN DONDE NACIÓ PÍO X

latón muy reluciente; sobre un vasar que da vuelta á la estancia, una porción de platos ordinarios. Sigue luego otra habitación sin ningún mueble, pero con dos fotografías colgadas en la pared: la de

encima un Niño Jesús de cera dentro de un fanal, una cama y un palanganero de madera. En las paredes, varias imágenes de santos.

— ¿Es usted pariente del papa?

— ¡Oh, caballero! No entre usted, no hay nada, no merece la pena.

Efectivamente, la estancia está casi sin muebles: no hay en ella más que una vidriera apoyada en la pared y... un repórters llegado el día antes que mide las dimensiones del cuarto dando grandes pasos, cinco de largo por otros tantos de ancho, y luego escribe.

En las paredes hay tres grandes cuadros, uno es la verdadera y milagrosa imagen de la Niña María Santísima, litografía de lo más vulgar en su género; entre la lámina y el cristal que la resguarda, una cinta de tres centímetros de ancho que da vuelta al cuadro y en la cual hay escrito: «Medida de la cabeza de San Luis Gonzaga.» Junto á esta otra lámina, una composición de óvalos con bustos de frailes y monjas de todas las órdenes religiosas. Enfrente, un grabado de San Francisco, muy ordinario.

— Cuando el patriarca venía á visitar á su familia, ¿dormía en este cuarto?

— No, señor, aquí sólo escribía; generalmente habitaba en el vecino convento de Crespano.

Hay en la casa otra habitación, que es la mejor amueblada: en ella se ve una cómoda y

encima un Niño Jesús de cera dentro de un fanal, una cama y un palanganero de madera. En las paredes, varias imágenes de santos.

— ¿Es usted pariente del papa?

— Sí, señor, soy su sobrina, hija de la hermana de Su Santidad.

La muchacha no habla el dialecto y se expresa correctamente y con mucha soltura.

— Debe usted estar muy contenta del advenimiento de su querido tío al pontificado.

— Sí, señor; pero tenemos gran pena al pensar que no volveremos á verle.

Estas palabras las pronunció en dialecto, y al mismo tiempo que las decía enjugábase con el delantal sus ojos arrasados de lágrimas.

— Pero esto no debe apesadumbrarles, le repliqué, porque bien podrán ir á ver á Su Santidad al Vaticano.

— ¡Qué quiere usted! Somos tan poca cosa, que nos impone casi miedo la idea de entrar en aquel gran palacio.

En esto, una voz de hombre alegre interrumpió nuestro diálogo.

— ¡Amalia! ¿Dónde estás?

— Ya está aquí mi padre.

En efecto, Juan Parolín, esposo de Teresa Sarto, hermana del papa, se presenta donde nosotros estábamos, en mangas de camisa, el sombrero torcido y rebosando jovialidad y salud su semblante.

— ¿No sabes que he de ir á ver al Tita en Possagno? Dispense usted, señor, me dice llevándose la mano al sombrero; voy á ver á mi hijo, que es párroco; son tan gratos para la familia los sucesos ocurridos, que sentimos la necesidad de estar juntos el mayor tiempo posible.

Parolín es el dueño de la hostería de las *Dos Espadas*, que está al lado, y en la cual vive casi toda la familia del pontífice. En la gran cocina, situada en la planta baja, un verdadero grupo patriarcal que espera el desayuno y en el que puede hojearse el libro de oro del humilde origen del nuevo papa.

En efecto, el padre de Pío X era en Riese alguacil del Ayuntamiento, encargado al mismo tiempo de repartir la correspondencia. Se llamaba Juan Bautista y se casó con Margarita Sansón, habiendo nacido de este matrimonio ocho hijos. El primogénito, José, es el actual papa; el segundo, llamado Angel, está actualmente empleado en las oficinas de Correos de Grazzie, junto á Mantua; la tercera

que constituye una magnífica colección de sobrinos del pontífice y el predilecto de los cuales es el párroco de Possagno, Juan Bautista Parolín, hijo de Teresa y del hostelero. En Riese está el mayor contingente de esta familia, que conserva pura la sencillez de sus costumbres, y está satisfecha de su condición modesta y sin ambiciones, en lo que no hace más que seguir el ejemplo de su ilustre pariente.

En la posada de las *Dos Espadas*, que está to-

me permito suplicarle que me ponga su autógrafo en este recuerdo precioso.

Amalia corrió á buscar pluma y tinta; pero de pronto se detuvo, y mirándome con expresión indescriptible me preguntó:

— Dispéñeme usted, ¿*Piatto* (plato) se escribe con dos *ti*, no es verdad?.. ¡Como á nosotros los venecianos nos enredan tanto las letras dobles!

— ¿Pero es en verdad un hombre superior?, pregunté al Sr. Lázaro Monico, de Treviso, adonde había llegado á las diez.

— ¡Y de qué modo!, respondiome con viveza.

Ha de saberse que Lázaro Monico es hijo de Pascual Colini, el que protegió á José Sarto en su juventud y lo hizo estudiar en Castelfranco y en Treviso y es íntimo de Pío X.

— ¿Es intransigente?

— Casi.

— ¿Tiene sentimientos italianistas?

— Elevadísimos.

— ¿Es capaz de iniciativas personales?

— No ha hecho otra cosa en toda su vida que razonar con su propia cabeza y obrar en consecuencia.

— ¿Sería capaz de iniciar una reconciliación?

— Muy capaz.

No era mi ánimo celebrar una entrevista de carácter político; que-

ría únicamente satisfacer mi curiosidad, y transcribo esta conversación para poder recordarla algún día.

La ciudad de Treviso rebosa de satisfacción y orgullo por la elección del nuevo papa; en todos los rostros brilla la alegría más intensa. ¡Cuántas anécdotas se cuentan de Pío X! Cada cual inventa una; todo el mundo sabe alguna inédita, y en el restaurant del Campanile se refieren algunas deliciosas. Cuéntase que el conde Sugana, una de las más originales figuras de noble veneciano despreocupado, había predicho al cardenal Sarto que sería elegido papa; á lo que el actual Pío X contestó en tono de chanza; «Sí, seré papa cuando vos seáis un hombre cuerdo.» La predicción del conde se ha cumplido.

No hay allí quien no haya comido con Pío X,



IGLESIA PARROQUIAL DE RIESE, EN DONDE PÍO X CELEBRÓ SU PRIMERA MISA (de fotografía)

cando á la casita en donde nació el papa, se juntan toda la vida y toda la actividad del pueblo. Parolín alquila coches, tiene cuadras, es carnicero y fondista. Una gran habitación en la planta baja, llena de mesas y taburetes, sirve de comedor, y fuera, en el jardín, está el juego de bolos.

Los hijos y las hijas del posadero, solteros unos, casados otros, hacen los servicios de la casa; ninguna de las hembras ofrece aspecto de aldeana, todas tienen una educación esmerada que se manifiesta en cada uno de sus actos y hay en sus modales una dulzura que contrasta singularmente con la rusticidad del medio en que viven.

Los sobrinitos del papa están sentados alrededor de la gran mesa, donde sus respectivas madres cortan el pan duro para la sopa. Todos los utensilios son de irreprochable limpieza y las inquietas manos de aquellas mujeres no cesan de manejar el paño para quitar el polvo.

Mientras contemplaba aquel cuadro de simplicidad encantadora, entró Parolín, acompañado de una procesión de periodistas recién llegados, que el posadero despachó lo mejor que pudo.

La paz del lugar comienza á turbarse: bicicletas, carrós, coches, automóviles invaden la calle y el patio de la posada.

— ¡Jesús, María! ¡Cuánta gente!, murmura fastidiada Amalia, mientras me entrega las viejas fotografías de familia y me presenta á su cuñada Italia.

— ¡Viva Italia!, dije estrechando la mano de ésta.

— ¡Viva Italia!, respondieron á coro y con entusiasmo todos los allí presentes.

— Dígame, si Su Santidad estuviera aquí, ¿se uniría á nuestro viva?

— ¿Y por qué no?, me respondieron llenas de sorpresa aquellas buenas gentes.

Salimos de la posada y volvimos á la casa natal de Pío X.

— ¿Sabe usted que todos estos objetos que vemos han adquirido el carácter de preciosos, de históricos?, dije á Amalia.

— ¡Qué ha de haber aquí nada precioso!, me respondió. Todas son cosas baratas: esos candeleros, esos platos los he visto toda mi vida en ese mismo sitio, en donde estaban ya cuando nació Su Santidad... Vamos, voy á regalarle uno de esos platos para que lo conserve como recuerdo.

No me había atrevido á esperar tanto.

— Lo acepto con verdadera alegría, le contesté, y

quien no le haya tratado familiarmente. Todos se creen obligados á ir á Roma y con derecho á ser recibidos por el pontífice; todos han de recordarle algo y han de pedirle algo también; de modo que si estos proyectados viajes y estas esperadas audiencias se realizan, puede Su Santidad estar seguro de que no le faltará qué hacer.

HÉCTOR XIMENES.



TERESA SARTO, hermana de Pío X y esposa de Parolín, el dueño de la posada de Riese las «Dos Espadas» (de fotografía)



ANGEL SARTO, hermano de Pío X, empleado en las oficinas de Correos de Grazzie, cerca de Mantua (de fotografía)

es Teresa, la esposa del posadero Parolín; la cuarta, Rosa, vivía en Venecia con el patriarca, su hermano; la quinta, Antonia, está casada con un sastre de Salzano, llamado Debei; la sexta, Lucía, reside también en Salzano con su esposo Boschín, sacristán de una iglesia; la séptima y la octava, María y Ana, habitaban asimismo en Venecia con José. Todos los Sartos casados tienen numerosa descendencia

LA ESTATUA DE AFRODITA

(CUENTO GRIEGO)

Era el 23 de mes Hecantombeón (1).

Atenas celebraba la procesión de las grandes Panateneas (2).

Por la sagrada colina de la Acrópolis serpeaba el fastuoso cortejo, el larguísimo cortejo que, empezando en el Cerámico (3), recorría la hermosa ciudad, cuna de la belleza, y llegaba hasta el templo de Palas.

El sol deslumbrante de la Grecia caía sobre la fiesta religiosa celebrando también la suya: una fiesta de luces y colores.

Abajo, la ciudad, alegre, riente, con sus construcciones de tonos claros, mármóreos, las grandes masas cuadradas de sus edificios públicos, sus frondosos jardines y sus oscuros cipreses surgiendo acá y allá, semejantes á pinceladas de laca verde sobre el fondo róseo de las azoteas.

Abajo, la ciudad, engarzada en los grises olivares y en los extensos campos amarillos de las mieses.

Arriba, el cielo, cobalto intenso, recortando el purísimo perfil del Partenón, aclarándose hacia el horizonte, cambiando suavemente la crudeza del cenit por tonos más plácidos, pero siempre refulgentes, terminando allá al final por adquirir matices y transparencias delicadas de infinito.

En la lejanía, como una prolongada faja, el mar azul, casi violáceo, salpicado de las blancas motas de las naves...

En el templo de Minerva habían

(1) Correspondía á los últimos días de junio y principios de julio.

(2) Fiestas celebradas en honor de Minerva, diosa protectora de Atenas. Había pequeñas y grandes Panateneas. Las primeras tenían lugar todos los años y las segundas eran quinquenales, diferenciándose en que éstas eran mucho más fastuosas y en ellas la ciudad subía procesionalmente al templo (el

Partenón, en la cima de la Acrópolis) para ofrecer á Pallas Athenea una rica vestidura.

(3) Barrio exterior de Atenas.

(6) Escogíanse á los viejos de más bello aspecto para no presentar á la diosa el triste espectáculo de las miserias seniles.



RIESE. - LA POSADA DE LAS «DOS ESPADAS,» CUYO DUEÑO, PAROLÍN, ES CUÑADO DE PÍO X (de fotografía)

ya entrado los portadores del peplos que bordaran para la diosa las doncellas atenienses. La trirreme panatenaica con la lujosa vestidura desplegada sobre ella como riquísima vela, había llegado hasta la escalinata de mármol pentélico de la casa de la divinidad.

Pudorosas jóvenes preparábanse á dejar en manos de los sacerdotes las páteras y vasos sagrados destinados á los sacrificios.

Llegaban los Arcontas, coronados de mirtos, severos é imponentes, guiados por su jefe el Epónimo.

Detrás, erguidas, airosas, las Canéforas, las doncellas nobles, con las bruñidas bandejas en que relucían los cuchillos de los victimarios y las canecas repletas de rubio trigo.

Luego las hidrióforas (4), las mujeres metecas, cargadas con asientos y parasoles, sudorosas y humildes.

Tras ellas las vírgenes eupátridas (5), de irreprochables contornos de jónica pureza, llevando los ricos incensarios y las cinceladas copas.

Y después, atropelladas y mujidoras, las reses, las víctimas ofrecidas por la metrópoli y las provincias.

Los escaféforos y los espondóforos portadores de maduras frutas y dulces panales, los unos, y de exquisitos vinos los otros, marchaban con paso rítmico á los acordes de las cítaras que les seguían.

A los citaristas uníanse los auletas en artísticos grupos, arrancando armoniosas notas á sus flautas de oro y de laurel.

Iban tras ellos los ancianos, los más hermosos ancianos (6) de la

(4) Portadoras de hidrias ó vasijas de barro.

(5) Llamaban eupátridas á las antiguas familias descendientes de los jonios que se refugiaron en el Atica después que fueron expulsadas del Peloponeso.



PARTE DE LA FAMILIA DE PÍO X, RESIDENTE EN RIESE (de fotografía)

ciudad, con ramas de oliva sobre el hombro, dulces y tranquilos, envueltos en los ricos himationes, luciendo la plata venerable de sus cabezas.

Y adelantaba el brillante río humano, bullicioso, alegre, deslumbrador de riqueza, y ebrio.

Los heraldos y nomofilacos (1) acudían á todas partes, organizando los grupos, ordenando los coros, inquietos, vigilantes.

El clarísimo ambiente de la Grecia resonaba á los heroicos y cálidos compases del Pœan, el grandioso himno de guerra, que cantaban los efebos (2). Y cuando éstos concluían, oíanse las claras voces de los rapsodistas recitando versos de Homero.

Orgullosas, llegaban las cuadrigas, y los piafadores corceles relinchaban, arrojando espuma que el sol irisaba al ser esparcida. Sobre los relumbrantes carros, semejaban los esbeltos conductores otros tantos Apolos guiando su trono de luz.

Y cerrando el cortejo avanzaba el lucido escuadrón formado por los más bellos jinetes y los más finos caballos del archipiélago helénico.

En seguida los ciudadanos principales y el inmenso gentío ateniense.

* * *

Entre la comitiva, haciendo el más violento contraste con el majestuoso porte de los patricios, con el airoso talante de los jóvenes aristócratas, con el acompasado andar de los atletas y con las armónicas proporciones de los jugadores olímpicos, marchaba un hombre cuya presencia en aquella sociedad, que había conseguido casi absolutamente la hermosura corporal, no se explicaba más que suponiéndole extranjero. A pesar de todo, Macron era griego y su persona no causaba en nadie aversión ni desprecio.

Macron era popular en la capital del Atica. Su espíritu agudo, sus originales contestaciones, habíanle conquistado la simpatía de los atenienses, que admiraban su ingenio, lo único que podía disculpar el delito de poseer un cuerpo jiboso y desmesuradamente ancho para su cortísima estatura, una cabeza enorme, un rostro casi cuadrado, una boca larga y negra, una nariz aguileña, cuya longitud era justamente la mitad de la de su cara, en vez de medir el tercio de ella, según marcaban los cánones de la belleza.

Iba y venía entre la gente apiñada, alzándose en las puntas de los pies y alargaba el fuerte cuello en todas direcciones, como buscando á alguien que no llegaba.

Sus piernas, cortas, mostraban los nudosos tobillos bajo la clámide, dejando adivinar una constitución hercúlea, y los brazos, demasiado largos, marcando los robustísimos músculos á cada ligero movimiento, corroboraban la atlética complexión.

Sus fuerzas eran conocidas en Atenas, y los célebres luchadores evitaban probar su poder con el del jorobado, temerosos de una derrota, ridícula por la estructura antiestética del competidor.

Explicábase la existencia de aquella injuria viviente á las buenas proporciones con cien estrambóticas consejas, entre las cuales la más admitida era la siguiente: al nacer Macron, su madre, una pobre viuda espartana, temiendo que le mataran al hijo por su deformidad (3), huyó con él á una apartada selva, en donde una leona dió muerte á la madre y amamantó al hijo con su propia leche.

Únicamente así comprendíase la enorme fortaleza, como alimentado por tal nodriza, y había quien aseguraba que la pequeña pupila amarillenta de Macron adquirió la contractibilidad felina y la fijeza terrible del ojo de la fiera.

No obstante sus condiciones físicas y su atemorizador aspecto, el jorobado no hizo en su vida nada que pudiera justificar lo salvaje de su primera nutrición. Jamás causó mal á nadie, ni empleó sus poderosos brazos más que para hacer beneficio á algún semejante.

Sabiase que en su juventud había trabajado en la construcción del Metroon (4) y en los Propíleos (5). Después un poderoso personaje llamado Thelásides le ofreció su casa, conservándole mucho tiempo junto á sí.

Los amigos de su amo gustaban de la conversación con el contrahecho, y sus picantes chistes y

sus descaradas sentencias se extendían luego por la ciudad. Unos le comparaban con Licurgo por la concisión en las respuestas, por la frugalidad de sus costumbres y por lo severo de sus juicios. Otros le encontraban mayor parecido con Esopo, puesto que á la hermosura de su ingenio uníase la fealdad del cuerpo, como en el padre de la fábula.

Cierta vez evitó que consumara su designio un hombre que se disponía á despeñarse por un tajo.

— ¿Por qué quieres matarte?

— Mi hijo va á cometer una acción indigna y un padre no debe presenciar la deshonor de su hijo.

— Mata antes á tu padre, le contestó Macron.

Había llegado á tal punto la fama del espartano, que su presencia era considerada como el principal atractivo en las fiestas que Thelásides celebraba en su palacio, y en más de una ocasión las anguilas del lago Capais, los gansos de la Beocia, los higos de Smirna, permanecieron intactos en los platos y el vino de Chipre en los cálices ante los convidados, divertidos en escuchar al ingenioso contrahecho ó en verle dirigir los pasos de la orquestrica (6).

En una ocasión le preguntaron:

— Si fueras condenado á penetrar inermemente en la jaula de un león que no hubiese comido en tres semanas y se te concediera una gracia antes de entrar, ¿qué pedirías?

— Que aumentaran su hambre con tres semanas más de ayuno.

Otra vez, un joven muy vano, queriendo burlarse de él, le interrogó:

— Macron, tú que todo lo sabes, ¿cuál sería la mayor desgracia que pudiera caberle al Atica?

— La de tenerte por rey, respondió el lisiado.*

Cuando contaba cerca de treinta y cinco años se despidió de su bienhechor, alegando un viaje á la isla de Lesbos, y nada volvió á saberse de él en dos olimpiadas (7).

Hubo quien aseguró haberle visto en Delfos, rondando cerca de la grieta de donde surgían los vapores proféticos de Apolo (8) y se temió que hubiese perecido en ella.

Al fin una tarde, cuando mayor era la concurrencia en la Agora (9), se presentó, llevando de la mano una preciosa niña de moreno rostro, de obscuras guedejas y rojos labios.

Un numeroso grupo de paseantes le rodeó, algunos aurigas detuvieron sus carros para verle y pronto la noticia cundió por la población.

— Macron había vuelto. Macron traía consigo una niña hermosa que era hija suya y de...

Allí tenían que detenerse los que daban la noticia. Sabíase que era hija de Macron porque él mismo lo había confesado, pero se ignoraba el nombre de la madre.

Algunos murmuradores indicaron tímidamente los nombres de varias damas principales que habían sido apasionadas del ingenio del espartano cuando estaba en casa de Thelásides.

Relacionaron la edad probable de la niña, que podría ser la de unos diez años, con la fecha de la desaparición del padre, y encontrando ser las mismas, creyeron que tratándose sin duda del fruto de unos amores ilícitos, el jorobado habría querido borrar toda huella escapando á cualquier isla con la recién nacida.

El deseo de la madre de conocerla ó la necesidad de la vida intelectual de Atenas, debieron de obligar al padre á trasladarse al cerebro de la Grecia.

Añadíase que traía una fortuna de varios talentos (10), y esto explicaba que hubiera podido adquirir una casa con extenso jardín cerca de la Acrópolis.

Durante seis años permaneció en ella en compañía de su hija Erithya, viviendo con gran modestia en compañía de una sierva muda y vieja, cuidando él mismo del jardín y sin que á nadie de fuera le estuviese permitido traspasar el umbral de la apartada vivienda.

(6) Ejercicios corporales ejecutados al son de la música.

(7) Fiestas celebradas en honor de Júpiter. Tenían lugar cada cinco años y los griegos se valían de ellas como medida de tiempo.

(8) En un lugar montañoso de Delfos habían notado que, de entre unas peñas, surgían emanaciones que hacían caer á las cabras que se acercaban pastando, atacadas de violentas sacudidas. Se pretendió que estas emanaciones comunicaban el don de la profecía á quien las respiraba. Cubrióse la sima con un trípode, sobre el que, sentada, una mujer que hubiera conservado la virginidad, recibía los vapores del dios, y de las palabras incoherentes que pronunciaba hacían los sacerdotes el oráculo. A la mujer que se colocaba en el trípode llamaban pitia.

(9) Plaza principal de Atenas en donde se reunían los ciudadanos para tratar de los negocios públicos. Formábanla varios templos y edificios importantes y las fachadas de los gimnasios, baños, etc. Pericles la embelleció notablemente, y en su tiempo se plantaron en ella jardines y varias hileras de plátanos.

(10) Unas tres mil pesetas cada talento.

Al principio solía abandonar ésta para visitar, acompañado de la pequeña Erithya, á su antiguo protector ó para dar un breve paseo por el Dromos (11) y por la Agora. Después, según iba creciendo la hija, fueron haciéndose más raras estas distracciones, y por último, cuando Erithya cumplió trece años y empezaron sus líneas á tomar las redondeces espléndidas de la mujer, atrayendo ya las miradas codiciosas de los hombres, Macron tuvo miedo, un miedo horrible de que le robaran su tesoro, y no volvió á presentarse con ella en público.

Algunas tardes abandonaba él solo la casa y dirigíase al centro de la ciudad, en donde buscaba la compañía de los atletas y de los sofistas (12) en los gimnasios (13), jugando unas veces con los discóbolos, alternando con los pugilistas ó bien discutiendo con los filósofos sobre puntos intrincados, admirando á todos con las sutilezas de su lógica y con las razones de su claro discernimiento.

Había sido aquella una costumbre adquirida casi inconscientemente, desde una tarde en que bajo el pórtico de los Baños conversó con uno de los principales discípulos de Anaxágoras. Algunos jóvenes habíanse acercado y aplaudieron su elocuencia y su talento.

Y Macron, que experimentaba la necesidad de aquella gimnasia imaginativa para desahogar el exceso de inteligencia, como de la carrera, del pancracio (14) y de los otros juegos para descargar el exceso de fuerza corporal, acudía, cada vez con más asiduidad, á los pórticos y gimnasios convertidos en palenque de la filosofía y del buen decir.

Algunas veces pasaba cerca de ellos un hombre casi joven, feo y desmedrado, seguido de infinidad de discípulos que le escuchaban religiosamente.

— Es Sócrates, oíase decir por todas partes.

Y los jóvenes abandonaban sus diversiones y los gimnastas sus ejercicios y los ancianos sus asientos y le rodeaban respetuosamente y le consultaban como á una pitonisa.

Y el filósofo, deteniéndose bajo los plátanos, hablaba, Satisfacía á cada uno, discutía modestamente con todos, y su palabra fluida, sencilla, se grababa en el corazón de los oyentes con la profundidad que solamente marca el estilo del genio.

Un día Macron, al volver á casa ya de noche, encontró á su hija llorosa y pálida. En vano trató de inquirir la causa de la insólita pena. Erithya dió explicaciones triviales que no satisficieron á Macron y desde entonces el alarmado padre dedicóse á indagar el origen de aquella tristeza que, como el velo de Isis, ocultaba constantemente la antigua alegría de la joven.

Dejó de asistir á las termas, y ocultándose en los campos, espíó su casa.

Nada averiguó; nadie se acercaba á la vivienda.

Pasaron los días y al fin lo supo todo. Erithya había sido enamorada y seducida durante sus ausencias por Theófanos, hijo de Cleofonte, uno de los Arcontas emparentado con las más principales familias de la ciudad.

Theófanos era joven compañero de Alcibiades, y como el futuro dominador del Atica, había sabido deslumbrar al pueblo con sus prodigalidades y fasto, y hacer simpáticas sus locas disoluciones, fingiendo, al mismo tiempo, un grande amor á la patria y halagando con su elocuencia las pasiones de los conciudadanos, que habían llegado á mirarle como una esperanza de la república.

Macron le conocía bien y comprendió que sólo en la venganza del oprobio había que pensar.

El día en que se supo agraviado, era la víspera de la procesión de las Panateneas y no quiso aplazar para más tarde el castigo del seductor.

Además, pensó que su vergüenza sería ya conocida de todos y quiso que la venganza también fuera pública.

Había aguardado, pues, á que el cortejo se hallara en la colina, y confundiendo con la muchedumbre, buscaba ansiosamente á Theófanos.

* * *

Cuando divisó al hijo de Cleofonte, se fué abriendo paso á viva fuerza y bien pronto estuvo á su lado.

(11) Calle importante de Atenas.

(12) Tejes de escuelas filosóficas. Hasta que Sócrates ridiculizó las argucias y paradojas de algunos de ellos, no tomó esta palabra el sentido que hoy tiene.

(13) Los gimnasios eran muy extensos y en ellos podía entrar libremente el público. Además de los lugares en que se practicaban la carrera, el salto, el pancracio, etc., había paseos y jardines con asientos que frecuentaban los retóricos y filósofos para conversar.

(14) Ejercicio que participaba del pugilato y de la lucha á brazo partido.

(1) Maestros de ceremonias.

(2) Jóvenes educados para la guerra.

(3) Licurgo, proponiéndose hacer de los lacedemonios un pueblo de hombres fuertes, había dictado una ley según la cual cada niño al nacer debía ser examinado por los ancianos y condenado á morir si se le encontraba defectuoso ó mal constituido.

(4) Templo de Rea Cibeles en la Agora, construído bajo la administración de Pericles.

(5) Puertas monumentales, defensas de la Acrópolis,

— Theófanos, le dijo poniéndole la mano izquierda sobre el pecho, ¿sabes á lo que vengo?

El joven, al reconocer á Macron, palideció intensamente y quiso dar un paso atrás, pero la multitud le empujaba sin cesar hacia el templo de Palas.

— No sé, murmuró con voz parda.

— ¡Míralo!

Antes de que nadie pudiera impedirlo había disparado sobre la frente del aristócrata un golpe terrible con el puño cerrado. La cabeza crujió como una enorme nuez que se aplastara; un ojo salió casi por completo de su órbita, y el cuerpo de Theófanos cayó pesadamente.

Aprovechando en seguida el momento de estupor de los que le rodeaban, huyó por entre la multitud, empleando sus brazos de titán para abrirse camino.

Por último, salió de entre la masa apretada de gente y pudo correr con toda libertad.

Oyó que gritaban detrás, que se le perseguía. El pueblo, los nobles, corrían en pos de él para vengar la muerte del amigo de Alcibiades. Alcibiades mismo iba casi á la cabeza de los perseguidores.

El perseguido saltaba por las cuevas, evitando así que le siguiesen jinetes, y descendía rebotando con la velocidad de un peñón desprendido de la cumbre de una montaña.

Desde arriba le tiraban gruesos pedruscos que pasaban amenazadoramente junto á su cabeza. Uno de ellos dióle en medio de la espalda con gran fuerza.

Produjo un ruido sordo; pero ni siquiera se tambaleó el jorobado, antes bien pareció que el golpe le comunicara mayor velocidad en la fuga.

Pronto estuvo en el llano, y la distancia entre el perseguido y la muchedumbre se fué haciendo mayor.

Dirigíase aquél á su casa: había escuchado voces que pedían también la muerte de su hija.

Llegó.

Cuando los que le seguían estuvieron frente á la vivienda, hubo un momento de perplejidad. Conocidos el esfuerzo y el valor de Macron, temieron

Y comenzó de nuevo la persecución terrible.

Macron, loco de espanto por su hija, había pensado utilizar la amistad que le unía con el autor de la Minerva. El sublime artista era venerado como una divinidad por el pueblo, y su presencia podría contener los alborotados ánimos. Después, á la influencia grandísima del escultor con Pericles no le sería difícil conseguir que se le dejara emigrar con su hija á las costas del Asia.

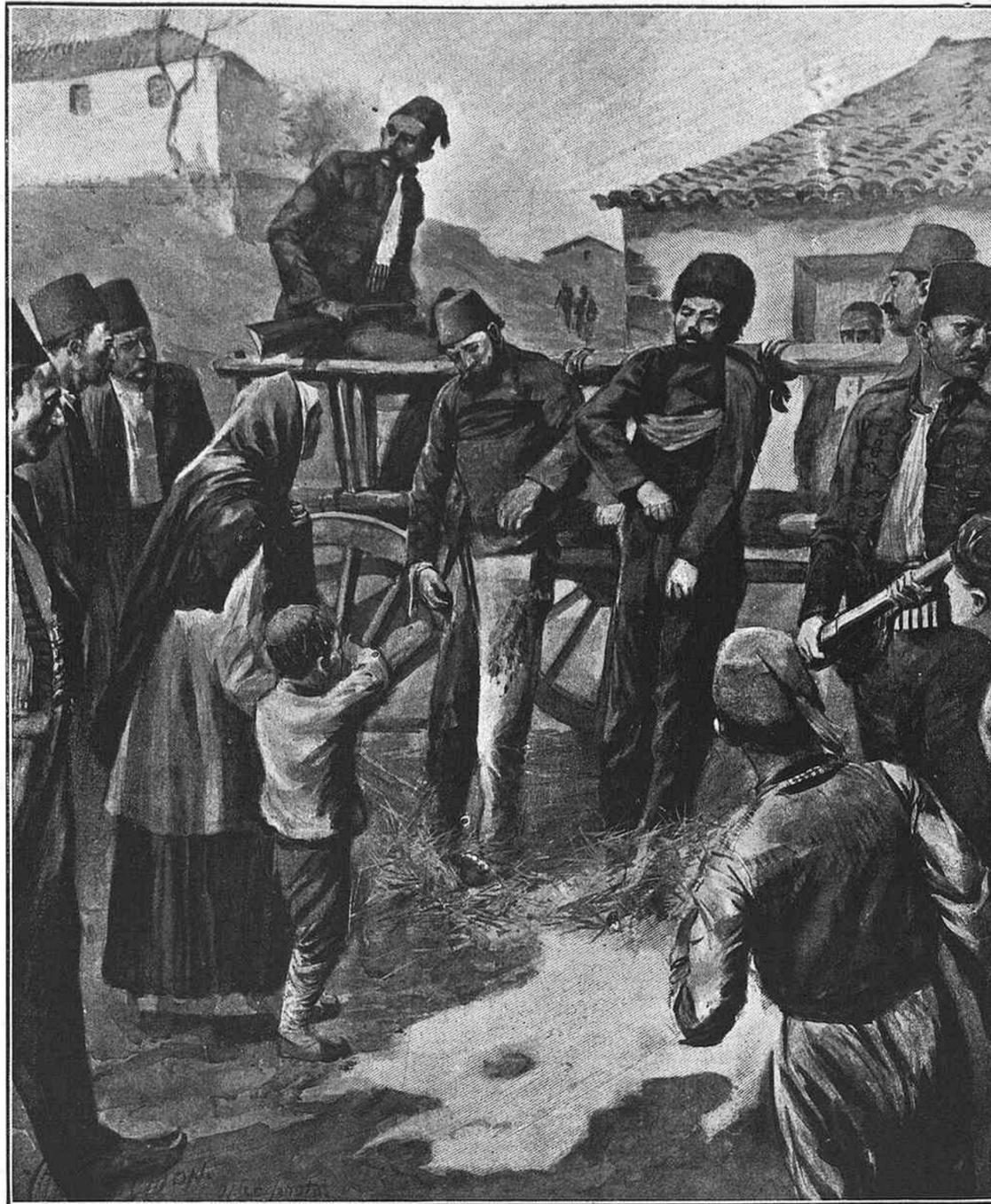
Sentía el fugitivo que sus fuerzas iban disminuyendo: el peso de su hija le embarazaba extraordinariamente para correr, y los músculos de acero de

espantados. El gentío que llegaba por el camino lanzó una exclamación de terror al ver en peligro la hermosa estatua, su querida estatua, reputada como la obra maestra del maestro de escultores.

Hubo algunos instantes de silencio.

Macron permanecía inmóvil, abrazado á la Venus, defendiendo la entrada del edificio.

El pueblo, aquel pueblo que había divinizado la belleza, la fuerza corporal y el heroísmo, vió simbolizadas las tres cosas en el grupo formado por aquel ser monstruoso, sosteniendo la suprema hermosura con un esfuerzo que no hubiera igualado el de diez



INSURRECCIÓN MACEDÓNICA. — Exposición de los cadáveres de los insurrectos Ravanhola y Angeloff, asesinados por soldados turcos, en los pueblos de los alrededores de Andrinópolis, para infundir terror en los habitantes (dibujo tomado de una fotografía)

chada del estudio. La ancha balaustrada, en el centro de la cual se erguía majestuosa y grácil la estatua de Afrodita, la última obra del divino artista, expuesta, según costumbre, á la admiración pública. Todo Atenas había desfilado en pocos días ante ella, emudeciendo de asombro.

Bajo el balaustre, la entrada del taller: una pequeña puerta en cuyo hueco se dibujaba el arranque de la escalera de mármol.

Huía rápidamente el suelo bajo los pies del lacedemonio, pero á sus oídos llegaban cada vez más distintas las injurias de los perseguidores. Acortaban éstos la distancia que antes les había ganado saliendo por el jardín de su casa. El jorobado hizo un último esfuerzo y entró en el edificio. Subió rápidamente los pocos escalones que desde la puerta conducían al taller. Fidias no estaba. Dejó á Erithya desmayada sobre unos almohadones, á la vez que llamaba al escultor... ¡Nadie!

Desesperado, se asomó al intercolumnio de la balaustrada, y vió á Alcibiades que, seguido de un pequeño grupo, había logrado adelantarse á la muchedumbre. Ochenta pasos más y estaban dentro.

Entonces, no habiendo á la mano con qué amenazar á los asaltantes, cogió por la mitad del cuerpo la estatua de Afrodita, y reuniendo su vigor todo, la levantó en el aire gritando con voz terrible:

— Al que pretenda entrar, le aplasto.

Alcibiades y los que con él avanzaban se detuvieron



INSURRECCIÓN MACEDÓNICA. — La plaza-mercado de Monastir abandonada por sus habitantes. — En el cementerio de Monastir (de fotografías)

que defendiera desesperadamente la entrada, que muchos perecieran antes de forzarla.

Pensaron rodear la casa y darla fuego; pero un niño avisó que el lisiado, con Erithya en los brazos, había salido por detrás del jardín y corría por el campo hacia el taller de Fidias, de allí próximo.

sus piernas no se movían ya con la regularidad matemática de antes. Tropezó dos ó tres veces.

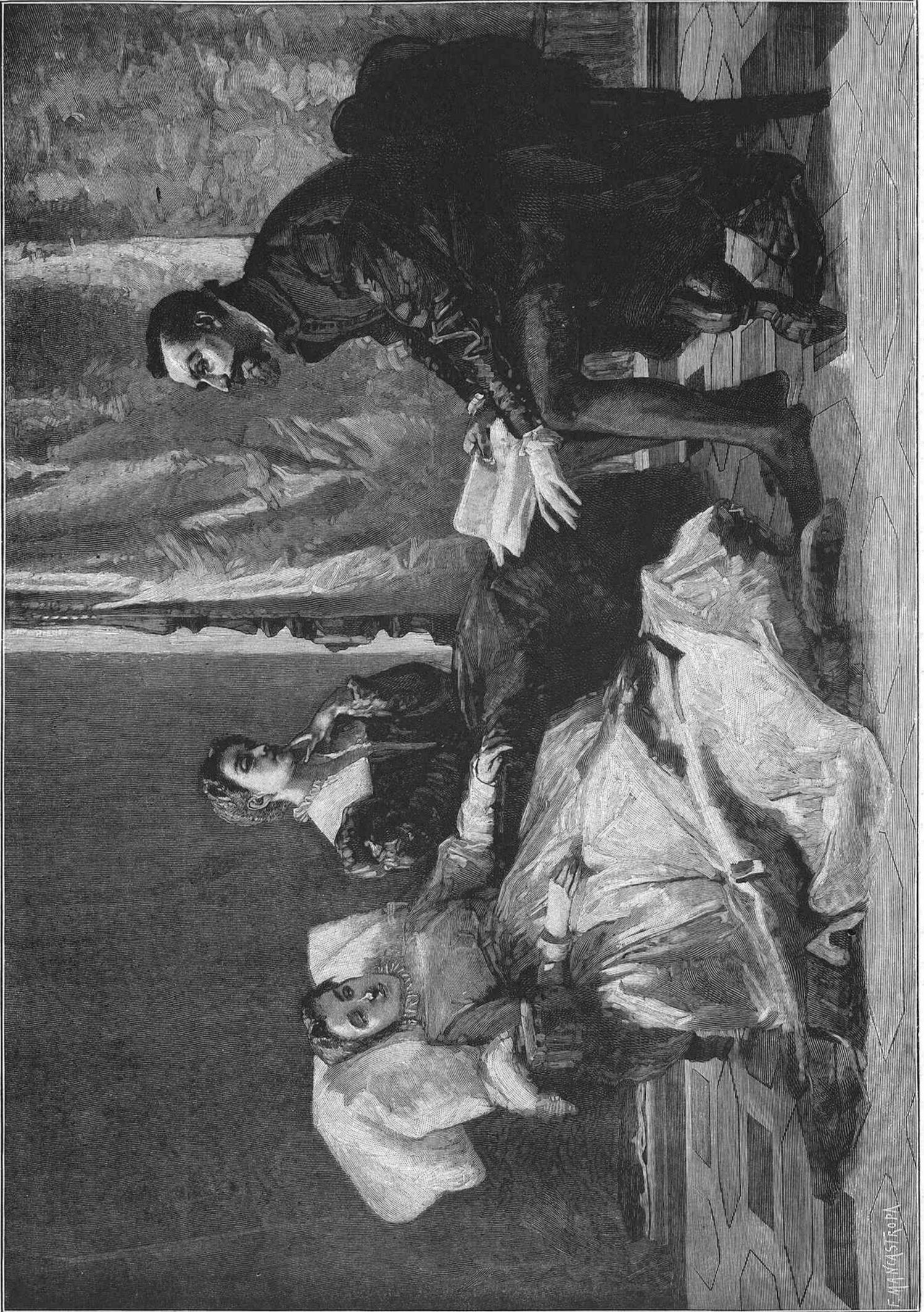
Sentía seca la angustiada boca, dilatábase su nariz y con los ojos sanguíneos miraba ansioso la casa de Fidias.

Distinguíanse con claridad los detalles de la fa-

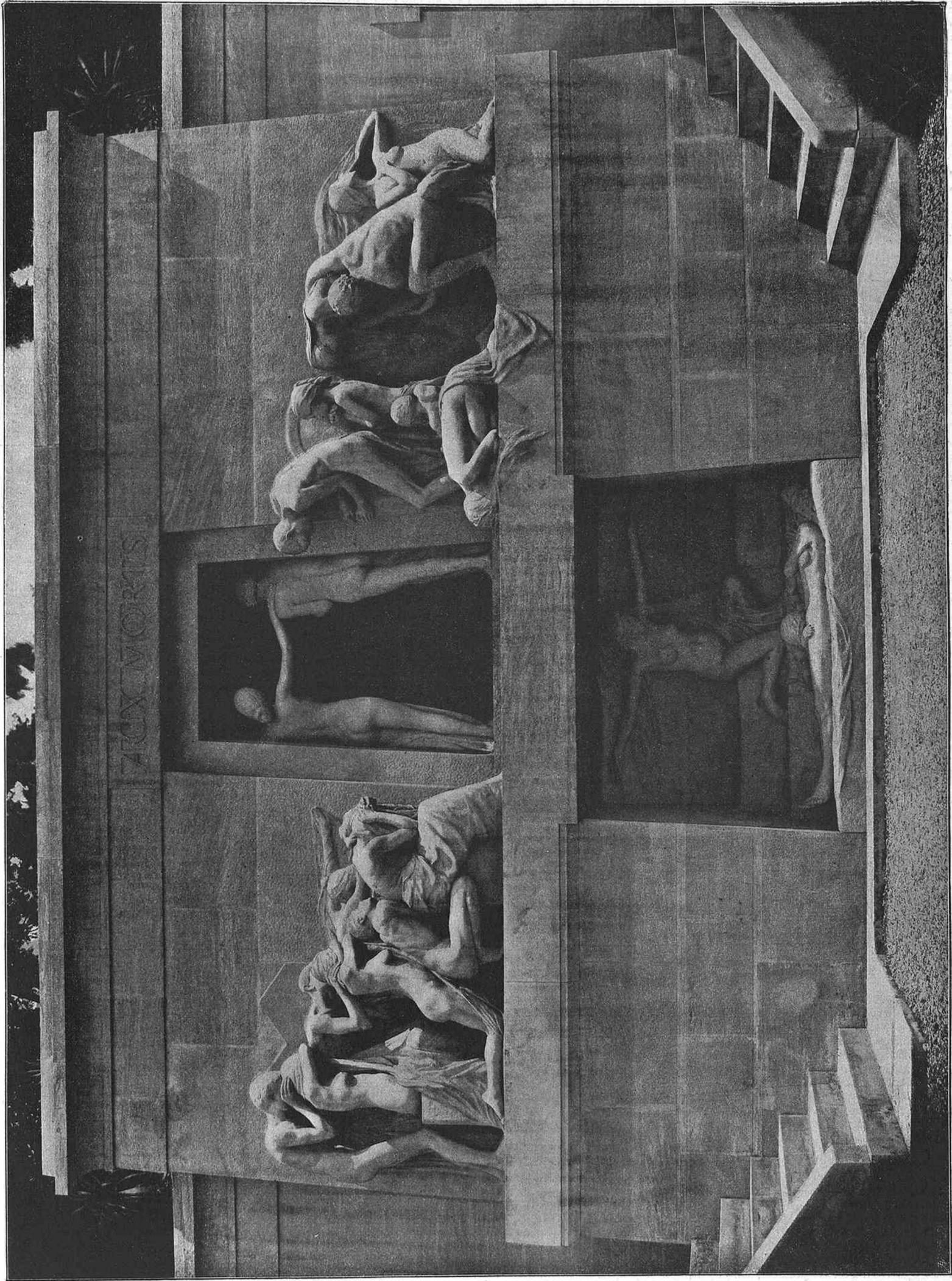
hombres, amenazando con ella á una ciudad entera.

Y aquel pueblo, el más impresionable y veleidoso de cuantos han existido, rompió en aplausos y en voces de entusiasmo. Y cientos de manos se levantaron haciendo la señal de perdón.

J. SÁNCHEZ GERONA.



TORCUATO TASSO Y LEONOR DE ESTE, cuadro de Domingo Morelli adquirido por la Galería Nacional de Arte Moderno, de Roma

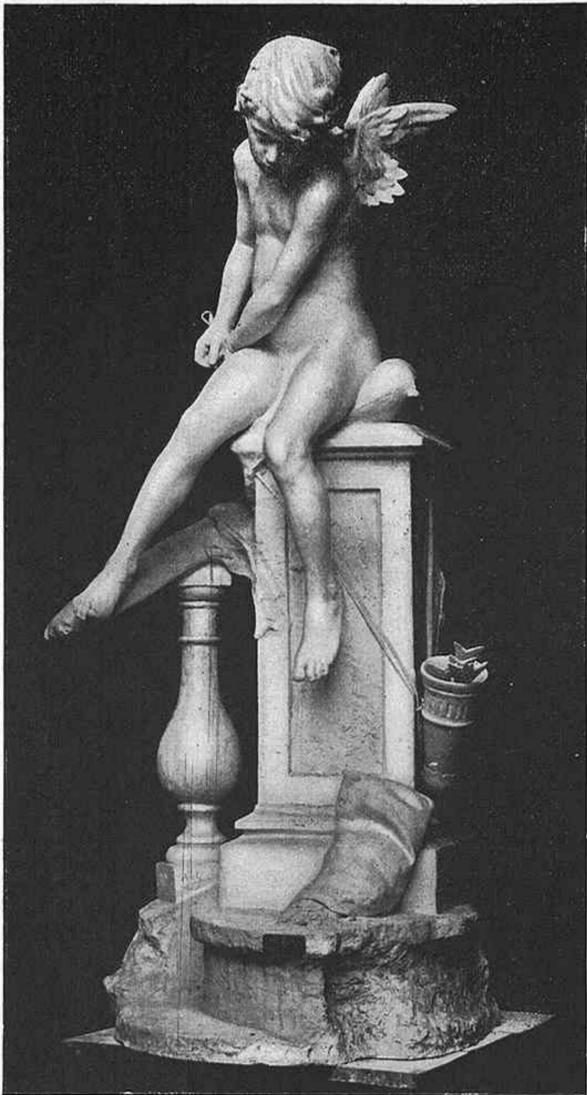


Á LOS MUERTOS, MONUMENTO FUNERARIO, obra de Alberto Bartholomé, adquirido por el gobierno francés y por el Ayuntamiento de París y levantado en el cementerio del Padre Lachaise

NUESTROS GRABADOS

Nerón ante el espectro de su madre, cuadro de Barlés.—Todas las grandes figuras de la historia han servido de tema abundante para muchos artistas que, hallando tal vez estrecho el campo de la diaria observación, han buscado en otras épocas un pretexto, ora para dejar volar su fantasía, ora para hacer gala de sus conocimientos arqueológicos. Y cuenta que al aplicar el calificativo de grandes, lo empleamos en el sentido más lato de la palabra, comprendiendo en ella, no sólo á los que han dejado recuerdo imperecedero por sus virtudes, por sus talentos, por sus glorias militares, sino también á los que habiendo ocupado los puestos más eminentes llevan unida á su nombre la memoria de crímenes ó abominaciones que apenas se concibe pudieran ser realizados por un hombre. Únicamente en este último sentido podemos llamar grande al protagonista del cuadro de Barlés, al cruel Nerón, á quien el pintor nos presenta aterrizado ante el espectro de su madre, á la que él mismo mandó dar muerte para substraerse á su tutela, que había llegado á hacersele insostenible. El autor del lienzo que nos ocupa ha estado felicísimo en la reproducción de la fastástica escena, trazando con gran acierto, así la figura de la viciosa y despótica Agripina, cuyo desnudo cuerpo aparece medio envuelto entre la nube de incienso, como la del parricida, que en vano pretende librarse de la horrible visión.

El amor prisionero, escultura de Joaquín Anglés.—Forma parte Joaquín Anglés de esa pléyade de



EL AMOR PRISIONERO, escultura de Joaquín Anglés.

artistas españoles que, establecidos en extranjero suelo, contribuyen por medio de sus obras á sostener el buen concepto del arte patrio. Instalado en la capital de la vecina nación, ha dado nuestro amigo repetidas muestras de su valía, figurando dignamente en el Salón. Muestra de sus recomendables aptitudes es la bonita escultura que reproducimos adjunta, que si bien revela el medio en que actúa el artista, conserva mucho de su personalidad, y así lo decimos porque está todavía vivo el recuerdo de las obras que produjo antes de abandonar el patrio suelo, que sirvieron para darse á conocer y demostrar lo que podía esperarse de un escultor tan discreto como laborioso.

Insurrección macedónica.—Después de un corto período de relativa calma, la insurrección macedónica ha resurgido más potente que nunca y con caracteres de una gravedad hasta ahora no alcanzada. Turquía, prevaliéndose de la impunidad que las exigencias é intrigas de la diplomacia le aseguran, prosigue su política de exterminio de todo aquello que signifique la menor oposición á su despotismo, y no cesa en sus matanzas de cristianos y en sus actos del más bárbaro vandalismo. Los macedonios, por su parte, dominados por la exasperación, convencidos de que nada han de conseguir por las vías que en los pueblos civilizados conducen más ó menos tarde al logro de las aspiraciones legítimas y resueltos á juzgarse el todo por el todo, han emprendido una lucha terrible, apelando á los mismos medios á que para combatirlos recurren los turcos. Y en virtud de estas circunstancias, los naturales horrores de la guerra se aumentan con los procedimientos terroríficos que ambos contendientes emplean. A todo esto las grandes potencias, las naciones que marchan al frente del progreso y de la civilización, presencian impasibles tantas atrocidades y toleran que en pleno siglo xx y en la misma Europa

luchen el verdugo y la víctima como fieras, reproduciendo un espectáculo que, para hallarlo igual, tendríamos que buscar en las primitivas edades de la historia, ó entre los pueblos más salvajes de regiones apenas salidas de la barbarie. ¡Cuándo cesará esa pasividad repugnante! ¡Cuándo el espíritu humanitario se sobrepondrá á los criminales egoísmos que eternizan y hacen insoluble la llamada cuestión de Oriente!

Carmen, cuadro de Gonzalo Bilbao.—El cuadro que reproducimos en estas páginas es uno de los que exhibió el meritísimo pintor sevillano Gonzalo Bilbao en la última Exposición Nacional. El artista propúsose representar un tipo femenino de la hermosa ciudad que el Guadalquivir baña, y conste que logró su deseo y aun más, puesto que si bien obtuvo la donosa representación de una bella sevillana, ésta significa una producción altamente recomendable, como todas las que brotan de su paleta, en la que se amasan tonalidades distintivas de la escuela meridional peninsular, que avaloran los seguros trazos y ponen de manifiesto la inteligencia del artista.

Torcuato Tasso y Leonor de Este, cuadro de Domingo Morelli.—Llamado en 1565 á Ferrara por el duque Alfonso II, Torcuato Tasso, que entonces contaba veintidós años, aceptó la invitación del príncipe y se estableció en aquella corte, que disputaba á la de los Médicis la palma de la magnificencia, de la galantería y de la protección á los poetas y á los artistas. Allí conoció y trató á Lucrecia y Leonor de Este, hermanas del duque, ambas poseedoras de una educación brillante que realizaba sus gracias naturales. Dotada de una belleza más ideal y de un talento más poético que el de su hermana, Leonor fué siempre objeto particular de las preferencias del poeta. En Ferrara compuso Tasso la mayor parte de *La Jerusalén libertada*, cuyas estrofas se complacía en leer á su ilustre protectora antes de darlas á conocer en público. El genial pintor italiano, cuya muerte fué una pérdida inmensa para el arte de su patria y aun para el arte universal, nos presenta en su admirable lienzo una de esas escenas en que el poeta, con ademán reposado, recita algunos fragmentos de su inmortal poema, mientras Leonor le escucha embebecida, avasallada por las bellezas que tanto como á su oído causan inefable deleite á su corazón. El cuadro, que fué pintado por Morelli en 1862, es decir, en el período romántico de su carrera artística, ha sido adquirido, junto con otros del mismo autor, algunos de los cuales hemos publicado, por el gobierno italiano para la Galería Nacional de Arte Moderno, de Roma.

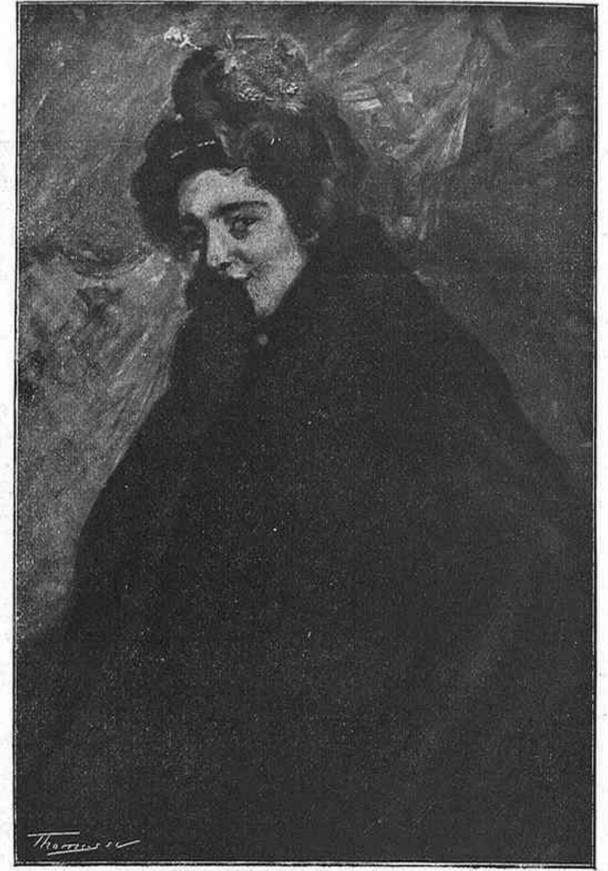
A los muertos, obra de Alberto Bartholomé.—En el Salón de París de 1891 dióse á conocer como escultor un artista, Alberto Bartholomé, que hasta entonces había cultivado con éxito notable la pintura: las obras expuestas eran figuras sueltas, concebidas por una fantasía dolorosamente excitada, fragmentos de composiciones funerarias, en una palabra, los primeros estudios para el monumento *A los muertos*. Cuatro años después, el boceto de éste quedaba terminado, y el Gobierno francés y el Ayuntamiento de París encargaban al autor la ejecución definitiva del mismo, que se inauguró el día de Todos los Santos de 1899. La inauguración se efectuó sin ninguna ceremonia, pero las cien mil personas que aquel día acudieron al cementerio del Padre Lachaise y por delante del monumento desfilaron, quedaron asombradas ante la grandiosidad y la belleza de aquella obra que, en un momento, conquistó á Bartholomé uno de los puestos más eminentes de la plástica francesa. Y en verdad que la obra es digna de tanta admiración, y merecedor es, por ende, de gloria tanta quien supo concebirla y con tal maestría ejecutarla; su contemplación produce en el ánimo una sensación imposible de describir, y ello se explica perfectamente, porque pocas composiciones de este género han sido tan honda y sinceramente sentidas por su autor como ésta, engendrada por el dolor intenso que en el alma de Bartholomé causó la muerte de su adorada esposa. No quiso, sin embargo, el artista dedicar el monumento á la memoria de su compañera, á la que consagró otro más modesto, aunque no menos hermoso, que se alza en el humilde cementerio de la aldea de Bouillant (departamento del Oise); sino que lo dedicó á todos los muertos y aun diríamos mejor á la muerte. A la grandiosidad de la idea corresponde perfectamente la grandiosidad de la obra, en la cual vemos representadas, por medio de grupos magistralmente esculpidos, todas las formas del dolor, y contrastando con ellos otro grupo de dos figuras que, amorosamente enlazadas, trasponen serena, tranquilamente el umbral de la tenebrosa puerta, seguras de que unidas y amantes han de seguir viviendo en la mansión de la eterna bienaventuranza.

Concierto, cuadro de Domingo Fernández y González.—El bonito cuadro que reproducimos forma parte de la colección que como recuerdo de la sociedad española de antaño ejecutó durante su estancia en Roma el distinguido pintor sevillano Domingo Fernández y González. Nuestros lectores conocen algunas de las producciones á que nos referimos, y por lo tanto habrán podido apreciar el buen gusto y la habilidad del citado artista, quien, á pesar de las corrientes imperantes, ha logrado en el cultivo de este género especial singularizarse y alcanzar el favor del público.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—NUEVA YORK.—El escultor Ruckstuhl está trabajando actualmente en el modelo de un monumento colosal á la Paz, que se erigirá á orillas del Hudson. Este monumento, para cuya ejecución hay destinados tres millones de dólares, consistirá en una columna de estilo jónico de 183 metros de altura, que arrancará de un pedestal de 92 metros cuadrados de superficie. Sobre la columna se alzará una estatua de la Paz de 30 metros de alto; en el pedestal se colocarán varias estatuas de regular tamaño que figurarán las Artes, la Ciencia y la Literatura y sus más ilustres representantes.

ROMA.—Después de largas negociaciones, el Ayuntamiento de Roma ha adquirido definitivamente la célebre *villa Borghe-se*, que se propone destinar á parque público con el nombre de *villa Humberto*.



CARMEN, cuadro de Gonzalo Bilbao

PARÍS.—La administración de París ha empleado durante el último año económico 500.000 francos en la adquisición de obras de arte para los Museos públicos, habiendo pagado 140.000 por dos retratos de Luis David, 100.000 por una *Resurrección de Lázaro* de Gerard de Harlem, 140.000 por una *Sagrada Familia* de van Orley, 20.000 por una estatua en madera de escuela alemana, etc. Ha adquirido además una porción de antigüedades egipcias, orientales y romanas y una serie de piezas artístico-industriales escogidas.

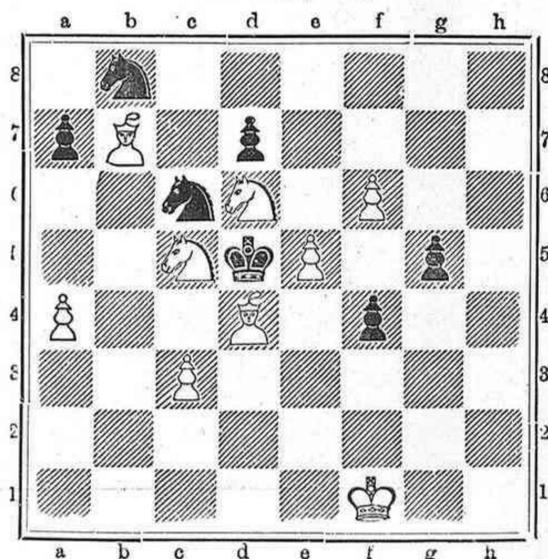
Teatros.—PARÍS.—Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *L'irrésolu*, comedia en cuatro actos de Jorge Behr; y en el teatro Sarah Bernhard *Le maquignon*, drama en cinco actos y siete cuadros de Virgilio Jozs y Luis Dumur.

BARCELONA.—Hace algunos días terminaron en el Eldorado las funciones de la compañía Guerrero-Mendoza, que últimamente estrenó con buen éxito: *La pecadora*, drama en tres actos de Angel Güimerá; *Marta Stuardo*, drama en cuatro actos compuesto con escenas de la obra de Schiller por los señores González Llana y Francos Rodríguez; *Las alas*, diálogo de Miguel Echegaray; y *Los meritorios*, juguete cómico en un acto de los hermanos Quintero. En el Tívoli terminó también sus representaciones la compañía de ópera que dirige el maestro Sr. Baratta, habiendo merecido los aplausos del público las óperas de repertorio que se pusieron en escena y cuya ejecución fué más que regular.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 334, POR R. BRAUNE.

NEGRAS (7 piezas)

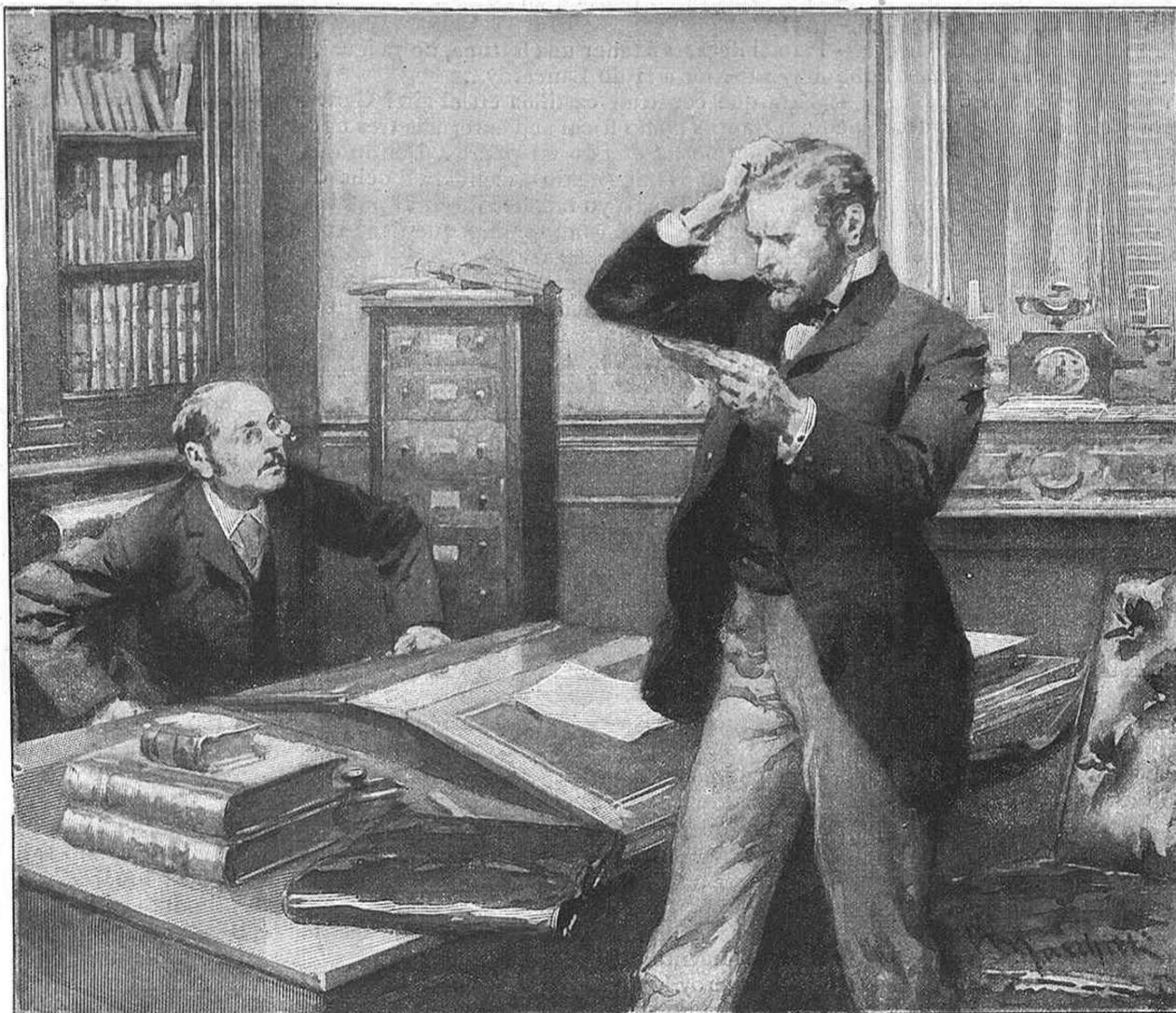


BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 333, POR M. FEIGL

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D a6-e2 | 1. Cualquiera. |
| 2. D ó P mate. | |



- ¡Ah! ¡Dios mío!, murmuró poniéndose muy pálido

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

I

La audiencia estaba á punto de terminar.

Francisco Reversay reunió en su cartapacio los documentos de la causa acerca de la cual acababa de formular sus conclusiones, y después de saludar al presidente con una inclinación de cabeza, extensiva á todos los magistrados que ocupaban todavía sus asientos, se apresuró á llegar á las oficinas de la Audiencia.

Apenas hubo entrado en el despacho que ocupaba á medias con el suplente fiscal del juzgado de causas correccionales, dejó el cartapacio en su escritorio y se quitó prontamente la toga encarnada y la valona de encaje.

- ¡Qué prisa tiene usted, Reversay!, dijo riéndose su colega, que aquel día no tenía audiencia y estaba papeleando y fumando cigarrillos.

- Sí, amigo mío, me esperan... Y precisamente el abogado no acababa nunca... Ese Maynardón tiene una locuacidad...

- Y usted prefiere ir á pleitear *pro domo* en casa del Sr. Lanceroy, ante su encantadora hija.

- En audiencia privada, sí, guasón.

- Y después, como tiene usted ya ganado el pleito...

- ¡Ay, amigo mío!.. ¡Quién sabe!

Y el ayudante fiscal se puso á tararear con una voz horriblemente falsa *la donna e mobile*, sin dejar de reír, mientras Francisco Reversay se ajustaba la levita y rectificaba cuidadosamente el lazo de su corbata delante del espejo.

Los dos compañeros fueron interrumpidos por un ujier que les servía de secretario, ó más bien de factótum.

- Un telegrama para el Sr. Reversay.

- ¡Calla! No es amarillo... ¡Azul! Personal entonces...

Y rompió la banda de puntos.

- ¡Ah! ¡Dios mío!, murmuró poniéndose muy pálido.

- ¿Qué ocurre? ¿Alguna mala noticia?

- Una gran desgracia, amigo mío, respondió Reversay con voz consternada.

Y leyó en alta voz:

«La señorita de la Croix d'Arbel muerta esta noche... Esperamos impacientemente al Sr. Reversay en el castillo.»

- Crea usted, amigo mío, que siento mucho...

- Gracias..., gracias... ¡Ah! ¡Qué golpe! Estoy como aturrido...

- ¿Estaba enferma?

- Nada de eso... Hace tres días estuve en el castillo..., en Biviers..., y estaba buena y sana... Es una catástrofe fulminante...

Y el fiscal repitió:

- Fulminante..., fulminante...

- ¿De modo que se marcha usted?

- Sí, sí, en seguida.

- ¡Diablo! Ahora es usted el amo y nunca hará más falta allí el «ojo del amo.»

- ¡El amo!, murmuró Reversay.

Y como si esa palabra trajera á su mente la noción de las cosas, dijo al ujier:

- Durand, vaya usted á buscar un coche.

- ¿Le hago venir aquí?

- No, á mi casa. Vaya usted de prisa.

El ujier salió á escape.

- Yo me voy á preparar una maleta... ¿Quién sabe cuándo podré volver?... Usted, amigo mío, me excusará con el presidente...

- No se preocupe usted por eso.

- Y además, dijo Reversay como hablando consigo mismo, tengo que prevenir...

Se sentó en su escritorio y escribió apresuradamente:

«Señor barón: Acabo de recibir una dolorosa noticia. Mi pobre prima, la señorita de la Croix d'Arbel ha muerto, y me voy inmediatamente al castillo de Biviers. Pero esta profunda pena no puede hacerme olvidar que dejo aquí la más dulce esperanza de mi vida. Usted sabe la inmensa bondad con que mi pobre prima me ha tratado en vida, y sabe también cuáles son los sentimientos que acompañan á mi dolor y á mi agradecimiento. Dentro de unos días tendré el honor de ver á usted, y desde ahora le ruego ardientemente que sea mi intérprete para con Lucía y le haga presente la sinceridad y, me atrevo á decirlo, la ternura de mi constante cariño.»

Cerró la carta y escribió en el sobre:

«Señor barón de Lanceroy. París.»

- ¿Quiere usted, querido amigo, hacer que Durand lleve esta carta en cuanto vuelva?

- Sí, por cierto... En cuanto venga, puede usted contar que será servido.

- Entonces, dijo Reversay, y ofreció la mano á su colega mientras que con la otra cogía el sombrero... ¡Ah! Una gasa... Tengo que ir á que me pongan una gasa... Hasta la vista, querido amigo, hasta la vista...

Su colega le estrechó silenciosamente la mano y dijo cuando hubo salido:

- ¡Qué suerte la suya! Hereda cien mil francos de renta y va á enviar á paseo la magistratura... En fin, añadió filosóficamente, por lo menos ha tenido el buen gusto de no lloriquear con un ojo y reír con el otro.

Biviers es una aldea de los alrededores de Grenoble, pegada á una ladera de ese macizo contrafuerte de los Alpes, el Saint-Eynard, que se cierne sobre el conocido valle del Graisivaudán.

Desde Grenoble se tarda una hora en llegar á Biviers, una hora que pasa rápidamente y que deja en el viajero maravillado un inolvidable recuerdo.

Este valle, que parece que se hace poco á poco más profundo á medida que se eleva el camino; este valle de esmeralda, en el que serpentea el Isere como una cinta de estaño en fusión, y que tiene como horizonte esos grandes Alpes que se amontonan en un formidable circo, verde al principio, ensombrecido más arriba por la mancha oscura de los bosques de pinos y cubierto en su cima por la blancura de las nieves, es un paisaje de belleza incomparable.

Pero Francisco Reversay no pensaba en nada de esto, ni lo veía siquiera.

El ruido del coche, el ritmo monótono de los cascabeles del tiro, el cansancio de sus nervios después de la primera y violenta conmoción, todo hacía que su mente se trasladase al país de los recuerdos..., al país de los sueños realizados.

¡Qué aventura la suya!

Obscuro suplente en el tribunal de Grenoble, casi pobre, perteneciendo, bajo un régimen político que no le gustaba, á una carrera en la que las personas de su casta y de su opinión se encontraban de día en día más fuera de su sitio, y siendo magistrado porque su padre y su abuelo lo habían sido antes que él, Francisco pensaba tanto en heredar á su vieja prima de la Croix d'Arbel como en obtener un premio gordo con una de las escasas obligaciones de renta que le había dejado su difunto padre, el presidente Reversay.

Aquella buena señora reservaba su herencia para una sobrina, á la que amaba como á una hija y que había permanecido soltera porque era contrahecha y delicada, y no quería que nadie se casase con ella por el interés.

Esa sobrina, Magdalena, era, pues, la heredera de derecho y de corazón de la vieja solterona y pasaba la mitad de su vida en el castillo de Biviers, muy contenta de abandonar durante largos meses la ciudad de Tolón, donde se aburría enormemente en compañía de su padre, el comandante de la Croix d'Arbel, un marino poco sociable, siempre á punto de emprender largos viajes y que la dejaba sola en aquella población tan triste cuando sopla la tramontana á través de los pinos de la terraza que domina al mar quejumbroso.

Pero un día murió el comandante, y Magdalena tuvo que pasar muchos meses en Tolón para arreglar los interminables detalles de una herencia bastante embrollada. El tiempo fué pasando, y Magdalena respondía vagamente á las cartas impacientes de su tía: «Pronto iré...»

Cuando por fin llegó á Biviers, fué para anunciar á la anciana que había escogido un marido.

¡Escogido!.. ¡Sin consultar á su tía!.. ¡Sin pedirle su aprobación!.. ¡Sin prevenirla siquiera!..

¡Y qué marido!..

Un Sr. Pedro Beraud, armador..., que ganaba mucho dinero con su comercio...

¡Ah! ¡Qué poco importaba este detalle á la solterona!

Pero en cambio era insufrible para ella el ver á su sobrina, una Croix d'Arbel, casarse con un Beraud, un hombre de baja extracción, un comerciante, un mercader, casi un tendero... Esa boda desigual la indignaba...

La vieja conservaba todas las delicadezas y todas las tradiciones de su casta, y creía firmemente en la sangre azul que corría por sus venas. La resolución de Magdalena le pareció, pues, una impiedad al mismo tiempo que una traición, y su respuesta fué contundente.

— Elige entre el Sr. Beraud y yo.

— Le he dado mi palabra...

— Entonces, puedes comprender que entre la señora de Beraud y la señorita de la Croix d'Arbel no puede haber relación alguna. No he tratado nunca á los comerciantes y no pienso variar á mi edad. Aquello era la ruptura.

La gente no sospechó nada. Magdalena se ausentaba con frecuencia, y á nadie le extrañó aquel viaje más que los otros. Lo que sorprendió á todo el mundo fué la boda, de la que su tía no había dicho una palabra y á la que no había asistido. Y solamente entonces empezaron los cuchicheos..., cuando una mañana Francisco Reversay recibió esta lacónica esquela:

«Mi querido primo, ven á almorzar á Biviers. Tengo que hablar contigo.»

Francisco fué, lleno de curiosidad, pues hasta entonces su actitud con aquella prima había sido más bien ceremoniosa.

El lujo de la solterona le inspiraba comparaciones desagradables con su propia medianía, razón por la cual sus relaciones con la anciana se limitaban á hacerle una visita después de las invitaciones á las fiestas que á la buena señora le gustaba organizar y en las cuales su joven pariente era un bailarín obligado.

Cuando llegó á Biviers le dijo su prima:

— ¡Ah! Ya estás ahí... Te esperaba con impaciencia...

— En cuanto he recibido tu carta, me he apresurado á venir.

— Te lo agradezco... Veo bastante mal, pero con mis lentes veo claro á pesar de todo. Me parece que andas dando vueltas alrededor de la hija de Lanceroy...

— ¡Prima mía!..

— ¿Por qué protestar? Tienes buen gusto. Esa pequeña es linda...

— Pero no es para mí.

— ¿Por qué?

— Porque es rica.

— ¿Y porque tú no tienes gran cosa?

— ¡Ay!

— Pero si llegases á tener una fortuna, no ya igual, sino muy superior á la de Lanceroy...

— ¿Para qué construir castillos en el aire? Gano cinco mil francos como fiscal suplente, más tres mil de renta que me ha dejado mi padre... Dentro de diez ó quince años mi sueldo ascenderá á ocho ó diez mil francos si logro yo también llegar al puesto que tuvo mi padre. Este es el castillo que tiene sobre aquéllos la ventaja de ser real.

— No; dentro de diez ó quince años yo no estaré ya en el mundo, y tú, Francisco, poseerás mi fortuna, que es redonda... Ahí tienes el castillo, no en el aire, sino en el Delfinado.

— ¡Prima, prima!.. Si es una broma..., es cruel...

— ¡Tan cierto es, que aquí tienes mi testamento. Le dejo en tus manos.

De este modo, de la noche á la mañana, Francisco Reversay se había convertido en heredero universal de la señorita Hortensia de la Croix d'Arbel, de la que antes no esperaba ni una manda de amistoso recuerdo.

De este modo y ya sin temor alguno había hecho la corte á la joven de que estaba enamorado; pues, en efecto, la vieja prima había visto claro con sus anteojos.

Un día, Francisco declaró su pretensión al barón de Lanceroy, el cual, como hombre positivo y práctico, le respondió en seguida:

— Yo doy doscientos mil francos á Lucía y le dejaré otro tanto después de mi muerte... ¿Qué aporta usted al matrimonio?

— En primer lugar, mi carrera y mi pequeña fortuna...

— ¿Y después?

— Este testamento.

El Sr. Lanceroy lo leyó.

— ¡Oh! ¡Oh!, dijo.

Y añadió sonriendo:

— Sé que esto no es tan seguro como si estuviese usted en posesión de esa fortuna... Pero, en fin, el que nada arriesga, nada tiene, ¿verdad?.. Podemos ver..., y si usted no desagrada á mi hija...

— Haré cuanto pueda para agradarla, con el consentimiento de usted.

— Bueno, querido Reversay, haga usted cuanto pueda... y ya hablaremos.

Y cuando se estaba preparando todo para el matrimonio, que era casi oficial, aquel acontecimiento, aquella desgracia, ocurrió repentinamente..., como para hacerle aún más inevitable.

Ya no eran esperanzas lo que Reversay aportaba al matrimonio, sino una enorme fortuna realizada.

Sí, aquella fortuna, que iba á cambiar su vida tan rápidamente, era suya.

No se trataba ya de ser magistrado. Francisco de Reversay no era ni un trabajador ni un ambicioso. Se había puesto la toga como un uniforme obligado, casi una librea de servidumbre que le aseguraba una carrera modesta y honrosa. ¡Pero qué prisa tenía ya de despojarse de ella!

En cuanto la resolución de su prima marcó una brusca crisis en su vida, Reversay había descubierto prontamente en sí mismo los instintos, los gustos y los apetitos de un hombre aficionado al lujo y á los placeres.

Hacía ya dos meses que todos los días formaba con su novia este enloquecedor programa para el porvenir: dimisión inmediata; París en invierno; Biviers en verano...

Y lo que no prevenían sino para una época acaso lejana, ocurría con una brusquedad fulminante en vísperas de su boda...

— ¡Ah! ¡Aquella querida prima Hortensia!

Francisco iba repitiendo todavía esa acción de gracias, en la que se mezclaban un poco de pena y mucha alegría, cuando se detuvo el coche delante de la verja del castillo de Biviers.

Una opulenta construcción edificada en el siglo XVII sobre los baluartes de un viejo castillo en ruinas.

El nido de águilas, la fortaleza que dominaba al río y al camino, se había convertido en una lujosa residencia de verano. Los baluartes se habían transformado en cuadros de jardín, y el parque se extendía en armoniosas pendientes hasta la orilla del camino que recorre el valle regado por el Isere entre una doble línea de alisos y álamos blancos.

El conserje había abierto ya la verja.

— ¡Ah, Sr. Reversay, qué desgracia!..

— Sí, una gran desgracia, Antonio... Pero dígame usted pronto, ¿cómo ha sido esto?

— Un ataque, Sr. Reversay, un accidente fulmi-

nante... Nuestra pobre señora no ha sabido que se moría...

Al decir estas palabras, habían llegado á la escalinata de piedra y el conserje añadió:

— Aquí tiene usted á Julia, que sabe lo que ha pasado mejor que yo.

Y el buen hombre, sin olvidar que estaba hablando con el futuro amo, hizo esta observación:

— Yo estoy siempre en mi puesto..., lejos del castillo...

Julia le interrumpió enjugándose los ojos:

— Figúrese usted, señor... Eran las diez... La señora iba á meterse en la cama... Acababa yo de salir de su cuarto, cuando oí un ruido sordo, como una caída... Echo á correr y... ¡ah, señor!.. ¡Todo había terminado!

— ¿No se había quejado de ningún malestar?

— No, señor.

— ¿No había ocurrido nada extraordinario?

La doncella vaciló.

— Como no fuera la visita que había recibido...

— ¿Qué visita?

— La de la señora..., quiero decir, la de la señora de Beraud...

— ¿Vino mi prima Magdalena?

— Con su hijo. Pasaron lo menos dos horas con la señora en el saloncillo.

Y añadió con aire misterioso:

— Creo que tuvieron una discusión... un poco viva... Se oía la voz de la señora como cuando estaba enfadada.

— ¿Y se volvieron á marchar?

— Sí, señor, un rato después. Les estaba esperando el coche. Cuando salió, la señora de Beraud tenía los ojos hinchados y llenos de lágrimas. También mi pobre señora tenía los ojos encarnados, y á la hora de comer no probó bocado...

La doncella mostró entonces, como Antonio, la mirada astuta de los que quieren agradar á su nuevo amo.

— Acaso, dijo, ha sido esa visita la que ha matado á mi pobre señora...

Reversay no respondió, pero dijo para sus adentros:

— Sí... Es extraño... Ese paso atrevido... Habrá habido explicaciones violentas, recriminaciones, reproches, acaso insolencias...

Y se contentó con preguntar:

— ¿Mi prima..., está en su cuarto?

— Sí, señor... Hemos hecho todo lo que hemos podido mientras llegaba el señor...

Reversay subió.

II

En aquella gran cámara del primer piso todo indicaba ya, en efecto, la decoración del viaje supremo.

El cuerpo de Hortensia de la Croix d'Arbel reposaba en un catafalco, en el que aparecía adelgazado y como amenguado por la muerte.

La boca, un poco hundida, mostraba una sonrisa fija, y la nariz, cuyas alas estaban contraídas, tomaba ya un tinte de cera..., aunque no tanto como aquellas pobres manos unidas por un rosario bendecido.

Alrededor de la muerta se ajaban unas brazadas de flores cortadas apresuradamente en el jardín... Y á la cabecera de la cama, en dos veladores cubiertos de paño negro, unos cirios encendidos alargaban sus llamas rojizas en la penumbra de la gran pieza, cuyas ventanas estaban cerradas... Unos sacerdotes rezaban y la habitación estaba casi llena de mujeres arrodilladas.

Reversay dedicó una larga y silenciosa mirada á aquel pasado que mañana no sería ya más que un recuerdo.

— ¡Pobre..., pobre prima!, murmuró profunda y sinceramente conmovido.

Pero era preciso entregarse sin tardanza á las innumerables y odiosas necesidades de la muerte, y en esto entretuvo todo el día.

Por fin, todo estuvo hecho cuando la tarde empezaba á caer. Francisco tenía preparado su cuarto, pero no se atrevía á subir á él, y permanecía en aquel saloncillo, que era la pieza favorita de la difunta, en la que estaban sus muebles familiares y todo lo que guardaba su recuerdo y como su huella...

Sentado detrás de aquel escritorio cilíndrico, estilo Imperio, con galería de cobre dorado, que había pertenecido á Hortensia, Reversay se perdió en sus reflexiones.

— ¡Qué muerte tan rara, después de qué extraña aventura!

¿Qué había ido á hacer en Biviers aquella Magdalena que, desde su matrimonio, había roto toda relación con la familia?

¿Qué había dicho? ¿Para qué había llevado aquel niño?

Y maquinalmente, Francisco se puso á arreglar los papeles esparcidos por la mesa, en la que acababa de ocupar largas horas escribiendo notas, listas y cartas...

Los puso todos en orden, y para sujetarlos colocó encima una cartera que había en una mesilla al alcance de su mano... La cartera de Hortensia, sin duda.

Al cogerla, una hoja escrita estuvo á punto de escaparse de la cubierta de tafilete estampado.

Francisco abrió la cartera para volver á colocar aquel papel cubierto de una letra gruesa que él conocía muy bien.

Y al ponerle en su sitio, tuvo tiempo de leer:

«Este es mi testamento...»

— ¡Ah! ¡Dios mío!, murmuró.

Pero le ocurrió en seguida:

— Es un duplicado que conservaba en su poder...

Poco seguro, sin embargo, continuó leyendo.

— ¡No es el mismo!

Y siguió la lectura con ansia febril:

«No sería yo buena cristiana si no perdona-se las acciones que han sido para mí ofensas, y sobre todo, si se las hiciese expiar á un inocente.

»Mi sobrina Magdalena se ha portado mal conmigo, pero es mi pariente más próxima. Es la única que representa los la Croix d'Arbel, y la fortuna que yo he recibido de mi abuelo debe en buena equidad pertenecerle después de mi muerte.

»Me decido, pues, á volver sobre lo que había decidido y á reemplazar por un legado importante la herencia que había hecho esperar á un pariente más lejano, al que pido perdón por mi imprudencia de ayer y por esta decisión.

»Dejo en consecuencia á mi primo Francisco Reversay un legado de trescientos mil francos, que bastará para permitirle casarse con la joven á quien ama, puesto que esta suma, unida á su fortuna personal, le hace tan rico como ella; y restituyo á mi sobrina Magdalena de la Croix d'Arbel todo el resto de mis bienes, con la obligación de servir á los destinatarios las mandas siguientes...»

Venía después la enumeración de todas esas dádivas de poca importancia..., una fecha... y la firma.

Reversay balbuceó casi inconsciente:

— Firmado..., fechado de ayer..., escrito de su mano... Es válido... y anula el otro...

Se oyeron pasos en el corredor.

Y por un movimiento instintivo, Francisco escondió el papel en la cartera.

Era la doncella, Julia, que venía á preguntarle:

— ¿No necesita nada el señor?

— Nada..., gracias.

— El señor sabe qué hora es... Van á dar las doce... El señor debe estar cansado... y tendrá tanto que hacer mañana...

— Está bien, está bien, dijo Francisco con re-

pentina irritación. Déjeme usted..., quiero estar solo.

Y no contento con esto, se levantó con impaciencia y cerró la puerta con llave.

Ya no temía á los curiosos ni á los indiscretos.

Y volvió á caer completamente anonadado en aquella butaca y delante de aquel escritorio donde se encontraba, no completamente pobre como an-

¿Estaba siquiera seguro de que Lanceroy, tan positivista y duro en estas cuestiones de interés, no encontraría en esto un pretexto para arrepentirse de su palabra?

¡Y todo lo que había proyectado con Lucía! ¡Aquella vida elegante y libre en que los dos se complacían de antemano!..

¡Aquel pedazo de papel acababa de reducirlo todo á la nada!

¡Un pedazo de papel! Reversay volvió á abrir la cartera.

Un pedazo de papel, escrito ayer..., apresuradamente..., en una crisis nerviosa, después de una visita en la que se había representado un drama..., una comedia..., en la que, sobre todo, se había lloriqueado...

¡Ah! ¡Había estado hábil la tal Magdalena! Se había mostrado tan buena comerciante como su marido, aquel Beraud, al que Reversay no había visto nunca, así como tampoco á su prima desde su casamiento.

Sí, los dos eran buenos comerciantes, puesto que él estaba á punto, según se decía, de ser uno de los más ricos armadores de Tolón.

Y ese pensamiento traía consigo este otro:

— Una gente insolentemente rica por sí misma, que me viene á quitar lo que se me había ofrecido sin que yo lo solicitase...

¿Para qué ofrecérmelo entonces? ¿Para qué venirme á buscar y suscitar en mi mente ideas, esperanzas y deseos que yo no tenía y tengo ahora?

¿Pensaba yo en ese testamento que mi prima me entregó un día, que tengo en mi casa y que ya no me sirve para nada..., para nada?..

Y el mal pensamiento empezó á nacer.

¿Por qué no me sirve para nada?... Porque existe éste... Pero... ¿y si éste no existiera?..

Francisco sintió un gran escalofrío.

La noche estaba silenciosa... Ningún ruido se oía en el castillo, en el que seguían orando alrededor de la muerta sacerdotes y religiosas.

En el parque, uno de esos mochueros que en el campo se llaman damas blancas, graznaba suavemente...

Y de repente, en aquel gran silencio, uno de los leños de la chimenea, que estaba encendida porque las noches eran frescas, rodó por la ceniza produciendo un torrente de chispas...

¡El fuego! ¡El fuego encendido, en el que todo desaparecía!..

Felipe se levantó...

Las cortinas de las ventanas estaban cuidadosamente corridas. La llave obstruía la cerradura de la puerta é impedía todo espionaje...

Reversay se agitó en una suprema vacilación y en su mirada se pintó una sensación de angustia.

Pero el mal pensamiento le arrastraba y aquel escritorio ejercía sobre él una especie de fascinación.

Abrió la cartera y pronto tembló en su mano aquel pliego de papel cubierto por la gruesa letra de Hortensia.

(Continuará.)



Francisco Reversay murmuró: «¡Ya está!»

tes, pero condenado de nuevo á una vida que sería la medianía, cuando hacía un instante se creía poseedor de una fortuna inmensa...

¡Qué caída! ¡Qué feroz decepción!

¡Ya no existía nada de lo que había tenido, sí, tenido, en la mano!..

¡No era posible ya lo que había creído realizado!

Esa magistratura á la que aborrecía, en la que nadie tenía sus ideas ni sus gustos, en la que necesitaba todos los días prodigios de diplomacia para esquivar obligaciones, políticas ó de otro género, que no le perdonarían los de su clase y su opinión; aquella magistratura en la que tendría que permanecer, pues los cinco mil francos de sueldo seguían siendo importantes, y mucho, en su presupuesto, reducido ahora á unos quince mil francos de renta, todo lo más..

¿Y qué papel iba á hacer delante del barón de Lanceroy cuando le dijera: «Le he anunciado á usted una fortuna considerable..., enorme..., pero no le traigo más que un dote honroso?..»

En el parque, uno de esos mochueros que en el campo se llaman damas blancas, graznaba suavemente...

Y de repente, en aquel gran silencio, uno de los leños de la chimenea, que estaba encendida porque las noches eran frescas, rodó por la ceniza produciendo un torrente de chispas...

¡El fuego! ¡El fuego encendido, en el que todo desaparecía!..

Felipe se levantó...

Las cortinas de las ventanas estaban cuidadosamente corridas. La llave obstruía la cerradura de la puerta é impedía todo espionaje...

Reversay se agitó en una suprema vacilación y en su mirada se pintó una sensación de angustia.

Pero el mal pensamiento le arrastraba y aquel escritorio ejercía sobre él una especie de fascinación.

Abrió la cartera y pronto tembló en su mano aquel pliego de papel cubierto por la gruesa letra de Hortensia.

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

Los rivales del corcho: taponos de papel, el kapok, los aglomerados, el marea y el palo de balsa. — Refrigerante doméstico. — Preparación de hielo y bebidas frescas sin necesidad de aparatos. — Los cables eléctricos. — Fabricación mecánica de botellas. Aparato Boucher.

Hasta hoy se había pregonado por tirios y troyanos la imposibilidad casi absoluta de tropezar, en el

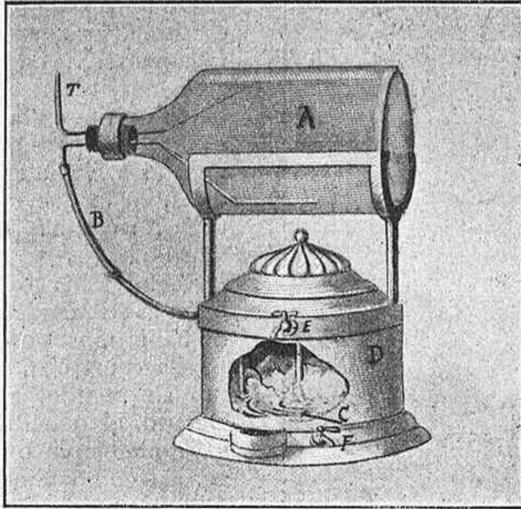


Fig. 1. — Aparato refrigerante doméstico

palenque de la Industria, con un rival del productivo alcornoque, ya que, dada la baratura y excelentes condiciones de su corteza para la industria taponera, no se concibe, decían los inteligentes, que ni aun la Química, con sus maravillosas síntesis y sorprendentes transformaciones, pueda jamás elaborar un producto capaz de luchar económicamente con el corcho; pero la realidad de los hechos, al decir de algunos botánicos, parece que desgraciadamente ha venido á destruir lo que se había admitido como verdad axiomática.

No se trata de los célebres taponos de desperdicios de papel, elaborados en número de 300 al minuto, según nos refieren algunas revistas científico-

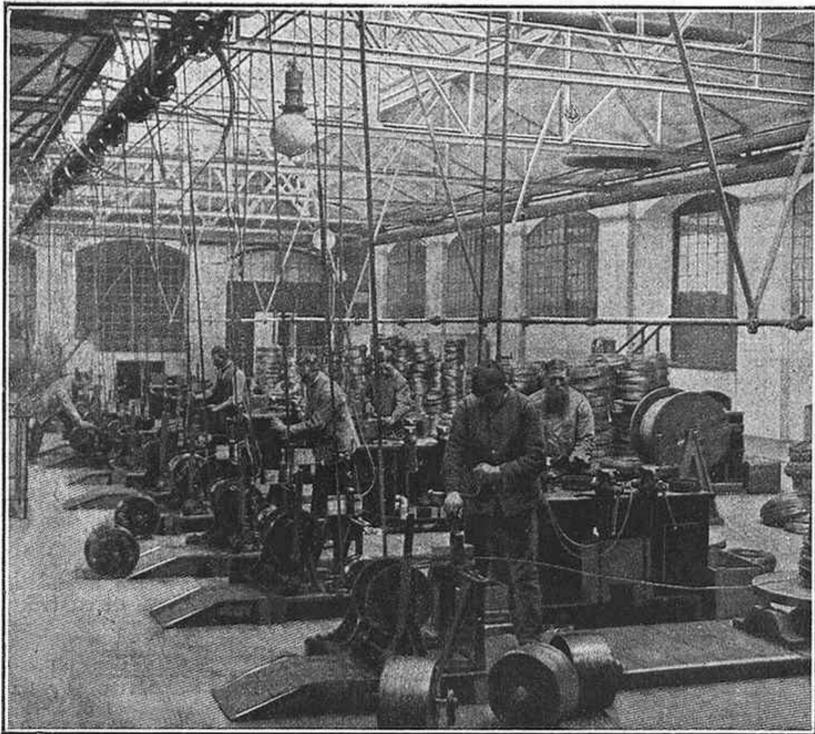


Fig. 2. — Operación de arrollar los alambres de cobre en las bovinas

industriales, por un notabilísimo aparato del tamaño de una máquina de coser, que les da forma, calibre y color convenientes, imprimiéndoles á la vez la correspondiente marca de fábrica. Tampoco se trata del kapok, fibrina vegetal hidrófuga é imputrescible, 30 veces más ligera que el agua y seis más que el corcho, conocida desde hace algún tiempo en Inglaterra por emplearse en la construcción de cinturones y aparatos de salvamento de náufragos (basta 300 gramos de dicha substancia para sostener á un hombre á flor de agua), ni siquiera nos referimos á los aglomerados de corcho fabricados en Alemania que con razón han alarmado á la industria corcho-

taponera. Lo que constituye una seria preocupación para varios dasónomos y algunos industriales, es un reciente é inesperado descubrimiento. Se trata sencillamente de una nueva planta muy abundante en las

selvas vírgenes de algunas regiones del continente africano, descubierta por los intrépidos oficiales franceses Huard y Truffert en la minuciosa exploración que acaban de efectuar en las regiones de Bahr-el-Ghazal y del lago Tchad, cuya inmensa superficie de más de 40.000 metros cuadrados se halla sembrada de 80 islas, gran parte de las cuales están recubiertas de exuberantes selvas, formadas por un árbol hasta hoy desconocido en Europa, que los indígenas *kouris* denominan *marea*. Esta planta, perteneciente á la familia de las *leguminosas*, subfamilia de las *mimóseas*, alcanza una altura de cinco á seis metros, y su copa, formada por ramas con espinas, se asemeja á la de nuestros álamos.

La madera de la nueva planta es de contextura fibrosa y escasa densidad, muy á propósito para la construcción de adargas y corazas que los indígenas emplean para resguardarse de las lanzas, flechas y azagayas y para la construcción de flotadores y pequeñas embarcaciones.

La memoria de los Sres. Truffert y L'Huard y el notable opúsculo de M. J. Foureau «D'Alger au Congo par le Tchad» (*Mission Saharienne Foureau-Lamy*) contienen detalles interesantes de esta curiosa planta.

Refiere M. Truffert que los aborígenes de las comarcas donde se cría el *marea*, al emprender un viaje llevan siempre consigo un tronco de la indicada planta de unos dos metros de longitud y 30 centímetros de diámetro, que por su insignificante peso, cuando tienen que vadear un río ó una charca, les sirve de excelente flotador para ganar sin peligro la orilla opuesta.

La Sociedad de Salvamento de náufragos de Rouen está haciendo ensayos con la nueva substancia para aplicarla á sus humanitarios aparatos.

Así como algunos han creído ver en los taponos de papel los auténticos substitutos de los de corcho,

demonstrando con ello un desconocimiento absoluto de lo que es y representa la importantísima industria corcho-taponera, singularmente en lo que se refiere á las especialísimas condiciones que han de reunir los taponos elaborados con corcho de primera calidad, denominados (*très fins*) trefinos, únicos que sirven para el cierre de los envases del champagne, pretenden otros hoy día que las condiciones del *marea* son tales, que pronto lo hemos de ver compitiendo con el corcho en la fabricación de taponos.

No habiéndose verificado todavía ensayos comparativos de las dos substancias, difícil es prever el porvenir del nuevo producto en la industria taponera, y á pesar de cuanto han dicho algunos naturalistas, nos permitimos dudar de que la fibrina del *marea* reúna todas las excelentes condiciones que caracterizan

á la celulosa del corcho de primera clase, especialmente su notable compresibilidad y singular elasticidad. Además, en la América Central se conoce una planta denominada *palo de balsa*, de condiciones similares á las del *marea*. Pertenece dicha planta á la familia de las *esterculiáceas*, y sus variedades *ochroma lagopus* y *ochroma tomentosa* están formadas por una fibrina tan sumamente ligera, que su densidad con relación al agua es de 0'17. Su blanda madera se emplea en canoas y balsas para la conducción de efectos, á pesar de lo cual ha resul-

tado poco menos que inútil en la fabricación de taponos.

Creemos, por otra parte, asegurado el éxito del *marea* siempre que se aplique á los aparatos de salvamento, y aun para la fabricación de corazas protectoras destinadas á resguardar á los jefes de Estado y á muchos políticos y potentados del puñal asesino que les pudiera herir á traición.

El ilustre Gautier, de la Academia de Medicina, dice que el hielo debe tan sólo considerarse como *materia refrigerante* muy económica para enfriar por contacto los frascos que contengan las bebidas, pero nunca debe consumirse mezclado con el líquido que nuestra economía tenga que absorber; pues aparte de que la temperatura del hielo en fusión fatiga el estómago y puede producir por acción refleja graves accidentes congestivos, el hielo fabricado con agua

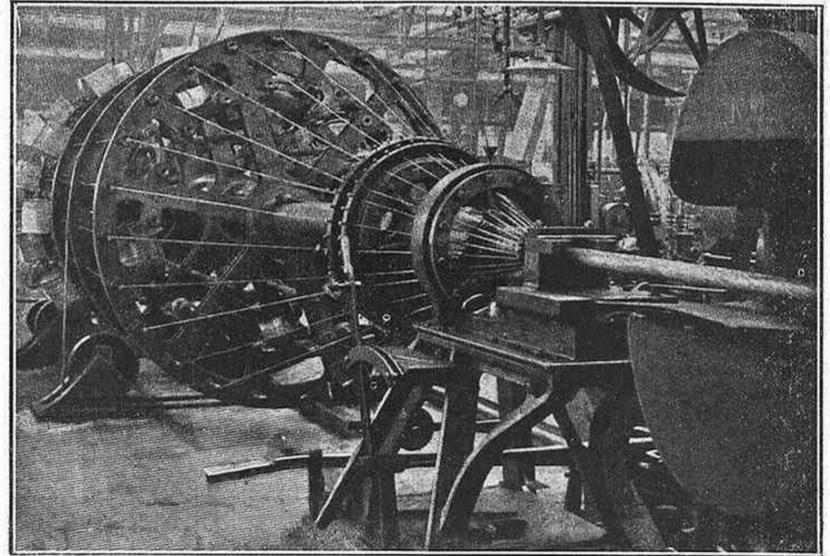


Fig. 3. — Retorcido de los alambres de la armadura

que no haya sido previamente esterilizada, conserva en completo estado de vitalidad todos los microbios patógenos contenidos en la misma, ya sean los *bacilos* del carbunco ó de la fiebre tifoidea, ya el *espirilo* del cólera.

Los experimentos de MM. Prudden y Fränkel demuestran que la mayoría de las bacterias no sienten los efectos de la congelación: el *micrococcus pyrogenes aureus* vive todavía después de 66 días de permanecer en el hielo, y el *bacillus typhosus*, después de 108 días, conserva toda su virulencia.

Es, pues, necesario proscribir en absoluto en las bebidas el uso del hielo que no esté fabricado con agua esterilizada, ó cuya procedencia nos sea desconocida.

En el *frigorífico doméstico* (fig. 1) se observan en absoluto las reglas dictadas por los sabios higienistas. En el recipiente de cristal *A* se coloca el líquido que se quiere refrescar: baja éste por *B* á un serpentín *C* colocado en el interior de la cámara *D* ó depósito del hielo. El agua de fusión sale por la llave *F* y la bebida refrescada se recoge en la espita *E*. El tubo *T* permite la entrada del aire en el recipiente *A* mientras la bebida pasa al serpentín refrigerante.

Cuando no se dispone de aparatos como el que acabamos de describir, ni del hielo que á bajo precio se expende en las grandes poblaciones, se puede echar mano de un método sencillo y práctico que

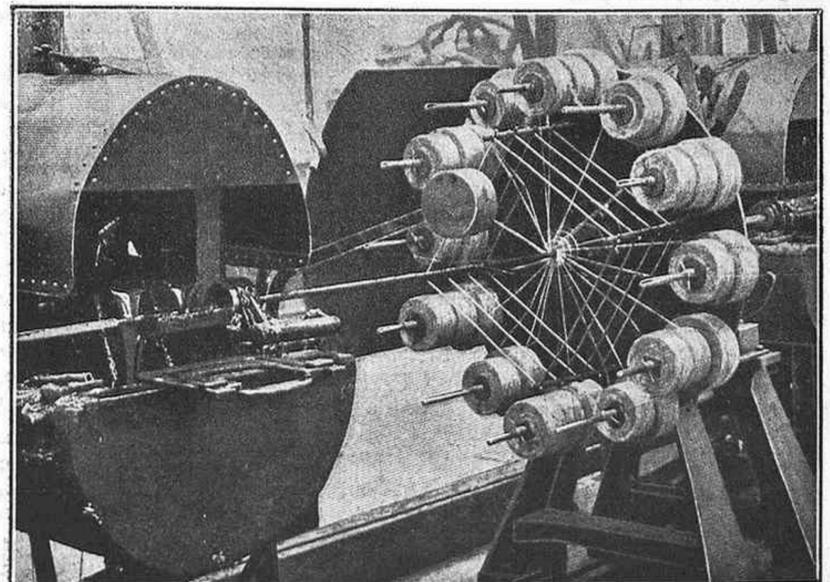


Fig. 4. — Colocación del tejido protector y aplicación de la materia aisladora

permite proporcionarse en todo tiempo y lugar bebidas frescas económicas.

El curioso procedimiento que acabamos de indicar consiste simplemente en la preparación de una *mezcla refrigerante ó frigorífica* de agua y nitrato de

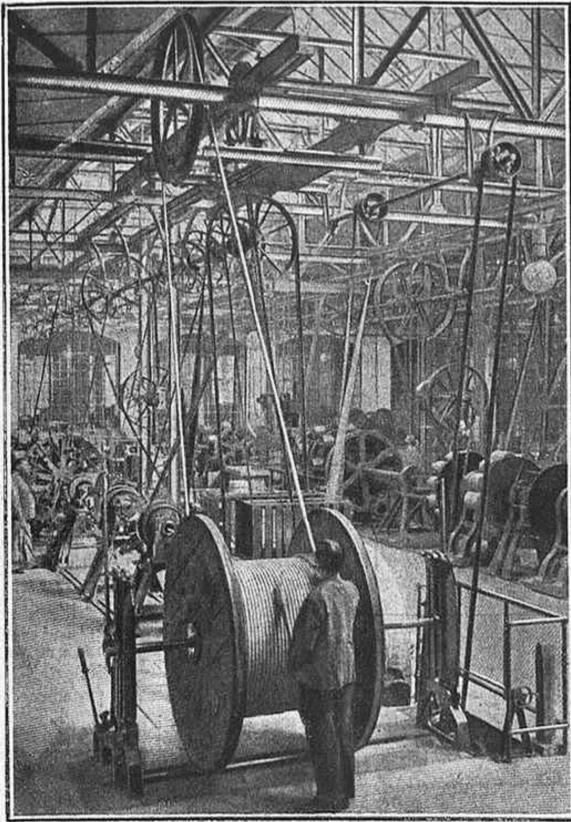


Fig. 5. - Arrollado del cable sobre un tambor de madera

amoníaco. La disolución de un kilo de nitrato amónico en un litro de agua produce un descenso de temperatura de 26° centígrados. Si la temperatura del ambiente es de + 20°, por ejemplo, la citada mezcla frigorífica descenderá á 6° bajo 0.

Hay que tener presente que en la mayoría de los casos no precisa un descenso de temperatura tan considerable, por cuyo motivo, empleando la misma cantidad de agua, se podrá ir reduciendo la porción de sal hasta obtener tan sólo un descenso de temperatura á + 10° ó + 12° centígrados, á cuyo grado térmico produce el agua, en verano, una sensación muy fría. Esta es la temperatura del agua en la inmensa mayoría de los pozos y fuentes de agua fresca.

La sencilla fórmula que acabamos de indicar tiene la grandísima ventaja de que el nitrato disuelto en el agua puede ser regenerado indefinidamente; pues una vez utilizada la disolución, basta exponerla al sol ó á fuego lento para que el agua se evapore y la sal esté en disposición de servir otra vez en mezcla refrigerante para refrescar bebidas ó comestibles colocados en recipientes que les aisle de la disolución frigorífica.

A la sombra del portentoso desarrollo adquirido en las naciones civilizadas por la telegrafía, la cablegrafía, la telefonía, el transporte de fuerzas y las modernas industrias eléctricas, se han ido construyendo en Alemania, en Francia y en Inglaterra grandes fábricas de cables, de donde salen todos los años á millares los kilómetros de dicho producto destinados al establecimiento de conductores aéreos, subterráneos, submarinos y en general de cables de todas clases, cuyas aplicaciones van siendo de día en día más numerosas.

Es tan halagüeño el porvenir reservado al capital invertido en la fabricación de cables eléctricos, que sería conveniente tomara esta importantísima industria carta de naturaleza en nuestra península, donde su aclimatación habría de resultar muy provechosa, toda vez que las primeras materias, hierro y cobre, contenidas en abundancia en nuestro rico suelo, y los innumerables saltos de agua de nuestros ríos, todavía no explotados, constituyen los factores indispensables para la resolución de este importante problema.

El cable eléctrico propiamente dicho está constituido por un haz de alambres de cobre recubierto de substancias aisladoras: al salir el cobre de las hilas se va arrollando á grandes tambores para pasar al almacén de la fábrica de cables.

La primera operación (fig. 2) consiste en separar el alambre de los tambores para arrollarlo en pequeñas bobinas. Tómanse luego, según convenga, tres, cinco ó más de los citados alambres, que retorcidos ó arrollados en espiral, constituyen el alma del cable: el torcido de los alambres de cobre se consigue por medio de una máquina parecida á la que se emplea en el retorcido del alambre de hierro de la armadura (fig. 3), que practica el retorcido helicoidal regular y la yuxtaposición de los alambres.

Este cable ó núcleo central va sucesivamente recubierto de dos capas de tejido impermeable arrolladas en sentido inverso una de otra. La figura número 4 detalla el procedimiento para tejer alrededor del cable las dos citadas bandas y la aplicación de la materia aisladora, en la cual se cuece el cable en calderas colocadas al aire libre con objeto de eliminar del núcleo central del mismo hasta las últimas trazas de humedad que perjudicaría su buen aislamiento.

Al llegar á este punto se envuelve el cable en una vaina de plomo sin soldadura que, recubierta de una capa de brea, va encerrada en una segunda envoltura de yute alquitranado, alrededor de la cual se arrolla una doble banda de acero envuelta en dos cintas de tejido impregnado de tanino y luego alquitranado. Finalmente se reviste el cable de un forro protector de alambres de acero como se observa en la figura 4. Esta armadura metálica va protegida por una capa de gutapercha ó de tejido impermeable.

En general, el número de capas aisladoras y la calidad de las substancias empleadas dependen del uso á que se destine el conductor que se fabrica; terminado el cable, se arrolla á grandes tambores de

madera (fig. 5): en estas condiciones se expende en el mercado.

La academia de Ciencias de París acaba de conceder el premio Montyon, de 2.500 francos, á M.

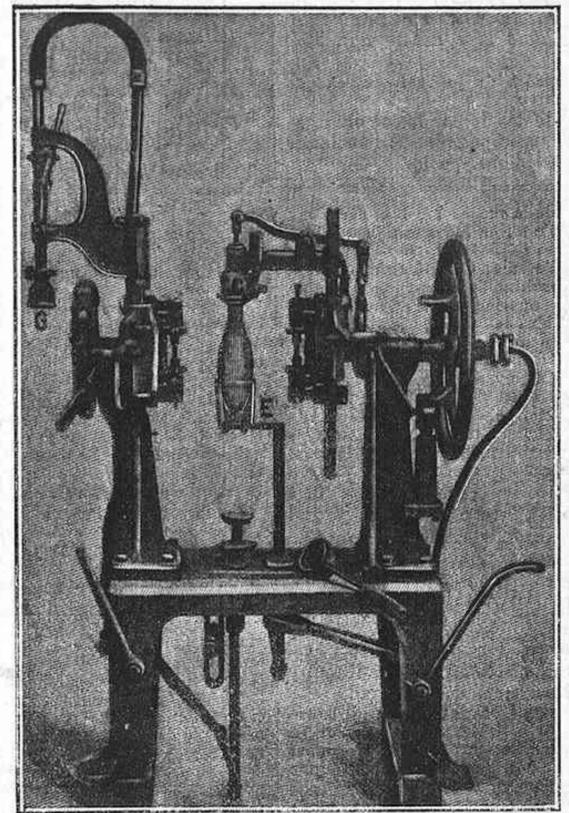


Fig. 6. - Máquina Boucher para la fabricación de botellas de vidrio

Claude, Boucher, maestro vidriero de Cognac (Charente), por su notable aparato (fig. 6) para la fabricación mecánica de botellas, que resuelve el problema de mejorar las condiciones de salubridad de una industria importantísima.

Sabido es que la fabricación de botellas de vidrio ha sido considerada, hasta hace poco, como una de las industrias más insalubres y mortíferas: hoy, la constancia y notable inventiva de un modesto obrero la acaba de redimir de su triste situación.

«La Société d'encouragement pour l'Industrie nationale,» de París, ha sancionado el valor de la invención de M. Boucher, desde el doble punto de vista de la industria y de la higiene de los obreros, concediendo una medalla de oro á su autor.

El manejo de la nueva máquina, en la que desempeña un papel importantísimo el aire comprimido, se aprende en muy pocos días.

El mundo científico é industrial aplaude las grandes recompensas otorgadas á M. Boucher por su notabilísimo invento.

AL'LER-WILL.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

HARINA LACTEADA
Alimento completo para **Niños y Ancianos**.
Contiene la Leche pura de Suiza.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma **WLINSI**.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

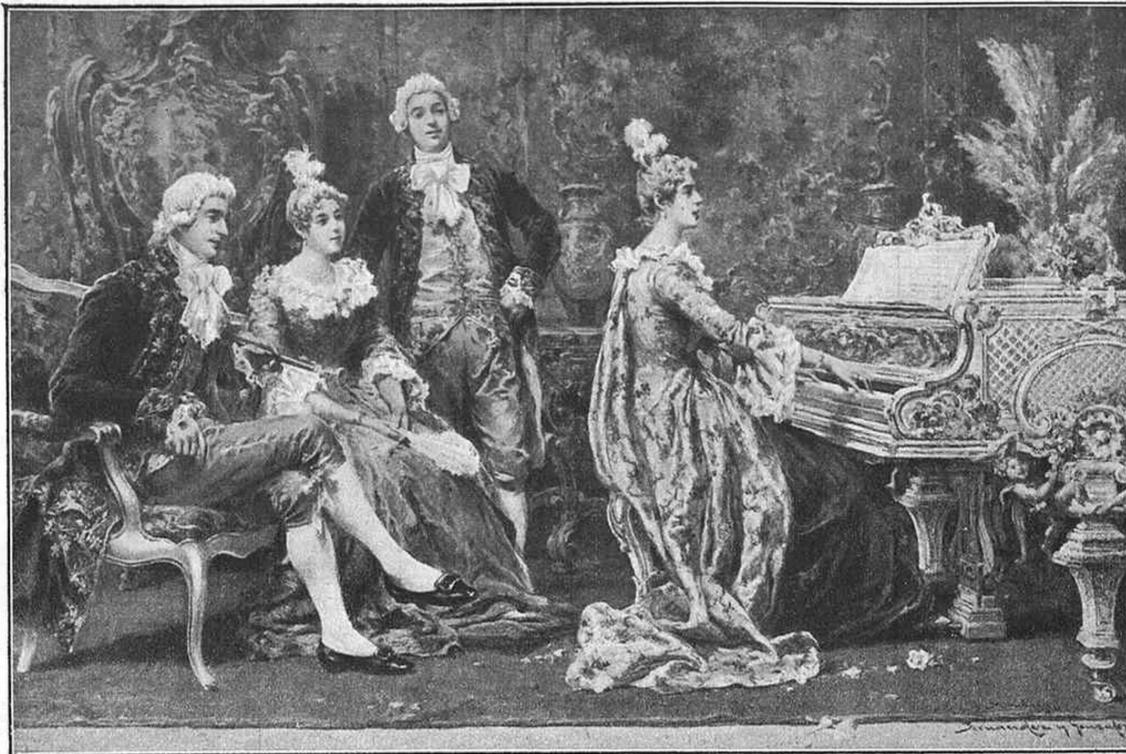
REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
SOBERANO CONTRA **CATARRO - ASMA - OPRESIÓN**
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

LIBROS ENVIADOS
Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

NUEVO COMPENDIO DE LA GRAMÁTICA CASTELLANA, por *D. Andrés Bello*. - Los conocidos editores Sres. Appleton y C.^{as}, de Nueva York, acaban de publicar una hermosa y utilísima edición de la gramática de la lengua castellana de D. Andrés Bello, reformada por el profesor D. Amable González Alú, de acuerdo con las reglas establecidas por la Academia Española. Destínase el nuevo compendio para uso de las escuelas de las Repúblicas hispano-americanas, no dudando que en ellas ha de prestar el señaladísimo servicio que se han propuesto el reformador y los editores.

EL TERRITORIO NACIONAL DE COLONIAS, por *J. T. Camacho*. - Así se titula el importante estudio que en forma de folleto ha publicado D. J. T. Camacho, de la Paz, consignando datos curiosísimos é interesantes acerca de tan rico territorio, ardentemente discutido, y cuya posición ha dado lugar á diversos incidentes. La obra del Sr. Camacho, dedicada especialmente á los expedicionarios de la región del Acre, es de notoria utilidad y se halla inspirada en un fin patriótico.



Concierto, cuadro de Domingo Fernández y González

LA IBERIADA, poema en prosa, por *Manuel Lorenzo d' Ayot*. - Se ha publicado el canto VI del tomo I de esta obra, que está dedicado á Valencia y cuyo sumario es: Frutas y flores, Ausias March, Las Germanías, Vicente Ferrer, Luis Vives, Las batallas de flores, Sagunto y El Cid, temas que inspiran al autor poéticas descripciones y juiciosas observaciones históricas. Véndese á 50 céntimos.

LOS DOS GRUMETES, por *don Gustavo A. Martínez*. - Con este epigrafe ha publicado en Córdoba el conocido escritor argentino don Gustavo A. Martínez las acusaciones y defensa á que dió lugar la publicación de la obra cuyo título encabeza estos renglones y que originó una polémica en la prensa de aquel país, á la que da término una carta de nuestra distinguida colaboradora D.^a Emilia Pardo Bazán.

EL NATURALISMO Y ZOLA, por *Gustavo A. Martínez*. - El distinguido escritor argentino don Gustavo A. Martínez ha publicado un libro asaz interesante con el propósito de demostrar la influencia social y literaria que ejerció el célebre novelista francés. Las observaciones consignadas por el autor son, á nuestro juicio, oportunas y atinadas, circunstancias que unidas á la corrección del lenguaje recomiendan la nueva producción.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^{IN} BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos de ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARRCSA
 ARRUGAS PRECOSES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et C^{ie} 85 St-Denis, 46

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS
ANEMIA, CALENTURAS, etc.
QUINA-LAROCHE
 Premio de 16.600 francos
 EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO
 Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Beca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{rs} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS
VINO AROUD
 CARNE-QUINA-HIERRO
 El más poderoso Regenerador.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET-HONOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SEGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILYORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN